Castillos en el aire

Travesía

Ello dispara



espiral/teatro

CASTILLOS EN EL AIRE
FERMÍN CABAL

(En "Castillos en el aire, Travesía, Ello dispara"; Ed.Fundamentos. 1995; P.19-86)

Para Santiago Ramos

Castillos en el aire se estrenará el *27* de abril de 1995 en el Teatro de la Abadía de Madrid con el siguiente reparto:

Pirulo: Juan José Otegui
Martínez: pepo Oliva
Ovidio: Jesús Castejón
Paquita: Rosario Santesmases
Julieta: Asunción Sánchez
Albert: Chete Lera

Producción Teatro de la Abadía
Escenografía e iluminación: Simón Suárez
Dirección José Luis Gómez

En escena un escritorio y dos sillones de oficina amplios y cómodos. Todo muy funcional. Eso y los actores. Nada más.

ESCENA PRIMERA

PIRULO.— Abuelo, abuelo... El castillo sigue creciendo en el aire... *(Pausa.)*
PIRULO.— ¿Quieres otra copa?
MARTÍNEZ.— Tengo. *(Pausa.)* Bueno, ¿qué?... ¿No piensas hacer nada?
PIRULO.— ¿Y qué quieres que haga?... Vivimos en mundos imaginarios, constructos de nuestra voluntad y nuestra fantasía.
MARTÍNEZ.— Vaya tajada que llevas.
PIRULO.— Yo quise ser actor, Richi. ¿Ya no te acuerdas? Tú me viste actuar en esa obra.
MARTÍNEZ.— ¿En cuál?
PIRULO.— En "El sueño", de Strindberg. Me estuvisteis tomando el pelo durante meses.
MARTÍNEZ.— ¿Aquella que hacías de mujer?
PIRULO.— Casi siempre hacía de mujer. El padre Muro estaba convencido de que tenía un talento natural para los personajes femeninos. Y el viejo sátiro no se equivocaba. Lo supo antes que yo. Qué olfato. Abuelo,

abuelo... El castillo sigue creciendo en el aire... Así empezaba la obra. Yo estaba a los pies de Pedraza, abrazándole las pantorrillas... ¿Te acuerdas de Pedraza? Siempre le daban los papeles de viejo. Con quince años ya era casposo. También él estaba marcado... Y yo le miraba con cariño, porque en la obra era mi abuelo y le decía eso: abuelo, abuelo...

MARTÍNEZ.— El castillo sigue creciendo en el aire.

PIRULO.— En el aire...

(Pausa.)

MARTÍNEZ.— ¿Qué quiere decir?

PIRULO.— No lo sé. Pero me parecía hermoso. Así deberían empezar todas las obras. Con una frase misteriosa, que no se comprenda, pero que sea bella. Que nos haga evocar... el pálpito de la existencia...

MARTÍNEZ.— ¡Hala! Te has pasado, Pirulo, vuelve a la tierra...

PIRULO.— Siempre dije: sólo por ese arranque, Strindberg debe pasar a la historia. Hasta que descubrí que no era de Strindberg. No. Era de Bergman.

MARTÍNEZ.— ¿El director de cine?

PIRULO.— Ingmar Bergman. Había hecho una adaptación y decidió que la obra tenía que empezar por ahí. Había treinta frases antes que esa, pero las cortó y las tiró a la basura.

MARTÍNEZ.— Por las bravas.

PIRULO.— Exactamente. Lo vio claro y dijo: se acabó. Tijera. Luego no se entendía un carajo, pero era un comienzo hermoso. Abuelo, abuelo...

MARTÍNEZ.— El castillo sigue creciendo en el aire. *(Pausa.)* No, no se entiende.

PIRULO.— Pero te habla como habla la poesía. De soslayo. Para el que la pille. Por ejemplo, yo esta noche cuando te escuchaba...

MARTÍNEZ.— ¿De verdad me escuchabas?

PIRULO.— Claro.

MARTÍNEZ.— Siempre tengo la impresión de que no me escuchas. Pienso: si ahora le preguntase qué acabo de decir, no sabría qué contestarme.

PIRULO.— Y és posible que sea así, no lo niego. Yo te escucho a ti, no lo que dices, que generalmente son tonterías.

MARTÍNEZ.— Muy amable.

PIRULO.— No te enfades. Tú sabes que yo te quiero.

MARTÍNEZ.— Sí, mucho...

PIRULO.— Eres un encanto... y además es increíble, no envejeces... Pero el castillo sigue creciendo en el aire, Richi...

MARTÍNEZ.— ¿Y eso qué quiere decir?

PIRULO.— ¿Quieres otra copa? Toma... Yo te lo voy a explicar. Pero es sólo por esta noche. Mañana a lo mejor quiere decir otra cosa.

MARTÍNEZ.— ¿Ah, sí?

PIRULO.— Es que es magia, Richi; poesía. Palabras que tú y yo intercambiamos porque si no sólo podríamos escuchar el silencio y se

nos encogería el corazón. Tú y yo no podríamos estar así, juntos, tumbados, borrachos, diciendo gilipolleces, intentando arreglar el mundo sin que hayamos sido capaces de arreglarnos nosotros. Necesitamos esas palabras para poder decir los textos y que no se detenga la función y mientras...

MARTÍNEZ.— El castillo sigue creciendo en el aire.

PIRULO.— Exacto. Sin contar con nosotros para nada. Porque sí. Porque es así. Y crece y crece, inalcanzable, y nosotros sólo podemos constatarlo. Y asombrarnos. Pero el castillo no nos necesita.

MARTÍNEZ.— Y por eso tú no vas a hacer nada.

PIRULO.— No es el momento, Richi. Ya ves la que está cayendo. ¿Quieres echar más leña al fuego?

MARTÍNEZ.— Pero ese golfo se ha quedado con 360 millones.

PIRULO.— Supongo que son los negocios. Parece que no puede ser de otra manera.

MARTÍNEZ.— ¡Es un corrupto! ¿No hemos dicho que había que expulsar a los corruptos?

PIRULO.— Poco a poco, Richi. No hay que precipitarse... Estás afectado por lo de tu hermano...

MARTÍNEZ.— Deja a mi hermano en paz. Volvería a morirse de vergüenza si viera lo que está pasando.

PIRULO.— Pero, ¿por qué te enfadas? Es así en todas partes. Mira en Francia, en Italia, en Grecia... Es inevitable. Es la lógica del sistema.

MARTÍNEZ.— Del sistema capitalista.

PIRULO.— ¿Es que hay otro? Desengáñate, Richi...

MARTÍNEZ.— O sea, que no piensas hacer nada.

PIRULO.— ¿Tú crees que el mundo va a cambiar porque le arrebatemos su botín al pobre Cabello?

MARTÍNEZ.— El pobre Cabello tiene un BMW.

PIRULO.— Aunque tenga siete, el pobre Cabello seguirá siendo pobre. No te dejes ganar por la envidia, Richi. Es un sentimiento venenoso que destrozará tus rosadas mejillas y tu duodeno. Apura este jugo dionisíaco y que Viña Tondonia nos ampare con su sagrado estupor.

MARTÍNEZ.— Entonces, estamos acabados.

PIRULO.— No, Richi. Precisamente porque no estamos acabados tenemos que seguir como sea. España necesita un partido como el nuestro. Un partido moderador, de orden, de progreso. Son más de cien años en la brecha y ese capital no se puede tirar alegremente por la borda. Hemos cometido errores, por supuesto. ¿Qué quieres? Eramos muy jóvenes y la fortuna nos ha envanecido. Pero todo esto pasará y mañana volveremos a estar arriba. Así es la política.

MARTÍNEZ.— ¿Estás seguro?

PIRULO.— Segurísimo. Deja que gobierne la derechona una temporadita y lo verás. Todos esos que hoy nos insultan, correrán hasta nosotros con la

papeleta en la mano... Anda, olvídate de Cabello y levanta tu copa...

MARTÍNEZ.— Entonces, ¿vale todo? ¿Se puede trincar impunemente mientras no te cojan? Estamos locos, Pirulo, merecemos todo lo que nos está pasando.

PIRULO.— ¿Quieres que te haga una revelación? Me pregunto si estarás preparado.

MARTÍNEZ.— ¿Para qué?

PIRULO.— Para recibir el secreto de la existencia. No sé si podrás resistirlo.

MARTÍNEZ.— Prueba

PIRULO.— ¿Y si mueres en el intento?

MARTÍNEZ.— Correré ese riesgo.

PIRULO.— Está bien. Tú lo has querido. Respira hondo. Así, muy bien, relájate... Yo ahora, Richi, sólo soy un sacerdote mistérico que va a iniciar a un acólito y le va a abrir los ojos al mundo real. Investido de mi sagrada autoridad te conmino: Richi, Richi, escucha con atención mis palabras y no olvides nunca lo que te voy a decir, porque quien lo olvida se pierde para siempre en el reino de las sombras... Richi, ¿estás preparado para oír la verdad? Te advierto que todavía puedes echarte atrás y seguir disfrutando la inocencia...

MARTÍNEZ.— Quiero saber la verdad.

PIRULO.— Sea, pues... Richi... Los Reyes Magos son los padres. ¿Sabrás soportarlo?

ESCENA SEGUNDA

MARTÍNEZ.— ¿Y... ?

OVIDIO.— Pues eso,... le vi la cara y me dije, ya está... Ya está hecho...

MARTÍNEZ.— No me digas.

OVIDIO.— El tipo me miró así, no sé cómo... y me dije, ya está. Tú sabes que ya está, y yo sé que tú lo sabes.

MARTÍNEZ.— Cómo te lo montas.

OVIDIO.— No es para tanto.

MARTÍNEZ.— ¿No?

OVIDIO.— Son los negocios. Hoy te toca a ti, mañana puede tocarme a mí. Y te voy a decir una cosa: no hay que apretar.

MARTÍNEZ.— ¿No hay que apretar?

OVIDIO.— ¿Qué falta hace?

MARTÍNEZ.— Hombre, depende... ¿y si no entra en razón?

OVIDIO.— Si se han hecho bien las cosas siempre se entra en razón.

MARTÍNEZ.— No, claro...

OVIDIO.— Si consigues agarrarle por las pelotas, no hay qué aprétar. Le tienes bien agarrado y automáticamente: "Sí, Bwana. Sí, Bwana". Sobran palabras. *(Sonrisas.)*

OVIDIO.— Pedid y se os dará, que dijo el Nazareno... ¿Quieres una copa? *(Al*

interfono) Paquita, por favor... Esto hay que celebrarlo.
MARTÍNEZ.— ¿El qué?
OVIDIO.— Nuestro reencuentro. ¿Cuánto hace que no nos veíamos?
MARTÍNEZ.— Desde la campaña del 86.
OVIDIO.— No, hombre. Nos vimos cuando el lío de Pepín.
MARTÍNEZ.— No me lo recuerdes.
OVIDIO.— Qué hijo de puta. Y ya ves, después de la que montó en el ministerio, en vez de echarle a patadas...
MARTÍNEZ.— Fusilarle habría sido mejor.
OVIDIO.— Sí. Un tiro en la nuca, como la KGB... Pues ya ves,... ¡los Reyes Magos!
MARTÍNEZ.— ¿Los Reyes Magos?
OVIDIO.— ¿Te parece poco regalo?
MARTÍNEZ.— Pues te voy a decir una cosa, Ovidio. Los Reyes Magos son los padres.
OVIDIO.— ¿Qué quieres decir? *(Pausa.)* A mí nadie me ha regalado nada, si es eso lo que quieres decir.
MARTÍNEZ.— Anda, calla, que tú te has puesto las botas.
OVIDIO.— ¿Yo? Pero, si yo no he tenido...
MARTÍNEZ.— ¿Y Ceefeeme?
OVIDIO.— No sé de qué me hablas.
MARTÍNEZ.— Venga, hombre, que se te ha ido la color.
OVIDIO.— ¿A eso has venido?
MARTÍNEZ.— Que no, hombre, tranquilo.
OVIDIO.— ¿A qué viene lo de Ceefeeme?
MARTÍNEZ.— Era un comentario. Por tirarte una pulla. Rumores que he oído.
OVIDIO.— ¿Rumores?
MARTÍNEZ.— Bobadas.
OVIDIO.— No me jodas.
MARTÍNEZ.— Tranquilo, hombre, vamos a tomar esa copa.
OVIDIO.— *(Al interfono.)* ¡Paquita, cono!
MARTÍNEZ.— Chico, perdona, no era mi intención...
OVIDIO.— Es que me tienen quemado.
(Entra Paquita.)
OVIDIO.— ¿Qué quieres tomar?
MARTÍNEZ.— ¿Qué tomas tú?
OVIDIO.— ¿Un fino?
MARTÍNEZ.— Te veo muy andaluz.
OVIDIO.— A lo mejor prefieres pan con tumaca.
MARTÍNEZ.— ¿Por qué dices eso?
OVIDIO.— ¿Ves mucho a Albert Costa?
MARTÍNEZ.— Tomaré un whisky.
PAQUITA.— ¿Con hielo?

MARTÍNEZ.— Y un poquito de agua. Un dedo.
OVIDIO.— Lo mismo. Chivas.
(Sale Paquita.)
MARTÍNEZ.— Guapa chica.
OVIDIO.— Sí.
MARTÍNEZ.— Tienes buen gusto... No sé por qué te tienes que enfadar.
OVIDIO.— Ya te lo he dicho.
MARTÍNEZ.— ¿El qué?
OVIDIO.— Que me tienen hasta los cojones. Que estoy harto. Que este país se está haciendo irrespirable. Que no puede uno fiarse de nadie.
MARTÍNEZ.— Lo dices por la corrupción.
OVIDIO.— ¿Qué corrupción? ¿También a ti te han lavado el cerebro? Aquí pasa lo que en todas partes: negocios, ni más ni menos. ¿O es que te crees que los demás se chupan el dedo? Es la puta ética católica, lo que decía Max Weber, que aquí todavía no se ha hecho la reforma protestante. Y que hay mucha envidia. En cuanto el vecino se compra un coche nuevo, hala, a jodérselo. ¿Sabes lo que me ha hecho el cabrón de al lado? ¡Me ha rayado toda la carrocería, el hijo de puta! Un coche nuevo y ya me ha rayado toda la carrocería.
(Pausa.)
Hijos de puta.
(Pausa.)
Y te advierto que yo con lo de Ceefeeme nada.
MARTÍNEZ.— No he dicho lo contrario.
(Entra Paquita.)
PAQUITA.— ¿Le pongo yo el agua?
MARTÍNEZ.— Muy poquita, gracias.
(Sale Paquita,)
OVIDIO.— Parece que tienes hambre... Te la comías con los ojos.
MARTÍNEZ.— Perdona, no era mi intención... O sea, que...
OVIDIO.— Para nada.
MARTÍNEZ.— ¿Para nada?
OVIDIO.— Que no, coño. Relación estrictamente laboral.
MARTÍNEZ.— Seré una tumba.
OVIDIO.— Que no. Además tiene novio.
MARTÍNEZ.— Pues sería una alegría.
(Pausa.)
OVIDIO.— ¿A qué has venido?
MARTÍNEZ.— ¿A qué va a ser? *(Bebe otra vez.) A* verte. Buen whisky. Se ve que has prosperado. Tú le pegabas al DYC que no veas.
OVIDIO.— ¿Yo?
MARTÍNEZ.— Me acuerdo perfectamente. Moby Dyc te llamaba Pirulo.
OVIDIO.— Muy gracioso.
MARTÍNEZ.— Reconoce que lo de Moby Dyc tenía gracia.

OVIDIO.— También a ti te he visto con algún pedal encima. Por no hablar de otras cosas.
MARTÍNEZ.— Eran otros tiempos.
OVIDIO.— Es lo que estoy diciendo.
(Pausa.)
MARTÍNEZ.— Estás a la que salta.
OVIDIO.— Qué remedio.
MARTÍNEZ.— En eso tienes razón. Se lleva uno sorpresas.
OVIDIO.— Yo, ninguna.
MARTÍNEZ.— Hombre, ninguna.
OVIDIO.— Haciendo las cosas bien...
MARTÍNEZ.— Malo.
OVIDIO.— ¿Malo?
MARTÍNEZ.— Malo. Malo.
OVIDIO.— ¿A qué te refieres?
MARTÍNEZ.— Dices que no confías en nadie.
OVIDIO.— Ni en mi puta madre.
(Pausa.)
MARTÍNEZ.— Confías en ti mismo. Y eso, si me permites decirlo, es peligroso. Lo peor.
(Pausa.)
OVIDIO.— Bueno, y a ti, ¿cómo te va?
MARTÍNEZ.— Como siempre. Sin grandes cambios.
OVIDIO.— ¿Qué coche tienes?
MARTÍNEZ.— Te vas a reír *(Pausa.)*. Un Fiesta. Lo compré hace años, pero como apenas lo uso...
OVIDIO.— ¿No? ¿Y cómo te desplazas?
MARTÍNEZ.^— ¿Que cómo me desplazo? Pues me desplazo en autobús, en metro, en taxi. Y nadie me raya la carrocería.
(Pausa.)
OVIDIO.— ¿Ves mucho a Albert Costa?
MARTÍNEZ.— ¿A Costa? Hombre, verle le veo todos los días. ¿Sois amigos?
OVIDIO.— Mucho. Nos amamos tiernamente. ¿A qué has venido?

ESCENA TERCERA

JULIETA.— ¿Ciento veinte millones?
OVIDIO.— Ciento veinte millones.
(Pausa.)
JULIETA.— Ciento veinte millones.
OVIDIO.— Ciento veinte.
JULIETA.— Está loco.
OVIDIO.— ¿Te parece?
JULIETA.— ¿A ti no?

OVIDIO.— Yo ya no sé qué me parece.
JULIETA.— ¿Así por las buenas?
OVIDIO.— Por las buenas no. Por las malas. Ya me dirás.
(Pausa.)
JULIETA.— Se presenta en tu oficina y te pide ciento veinte millones.
OVIDIO.— Así es.
JULIETA.— ¿Y tú qué lé dijiste?
OVIDIO.— Que estaba loco.
JULIETA.— ¿Lo ves?
OVIDIO.— ¿Y si no lo está?
(Pausa.)
JULIETA.— Las cosas no se hacen así.
OVIDIO.— ¿No?
JULIETA.— No.
OVIDIO.— ¿Cómo se hacen según tú?
JULIETA.— ¿Según yo?
OVIDIO.— ¿Es que estás sorda?
JULIETA.— ¿Por qué?
OVIDIO.— ¿Por qué repites todo lo que yo digo?
JULIETA.— ¿Qué es lo que te pasa?
OVIDIO.— ¿Que qué me pasa? ¿Que qué me pasa? ¿Se presenta un tío en mi oficina, me pide ciento veinte millones y me preguntas que qué me pasa?
JULIETA.— Me parece que te has puesto nervioso.
OVIDIO.— ¿Y cómo te pondrías tú?
JULIETA.— Lo primero es no perder la calma.
OVIDIO.— De acuerdo. ¿Y lo segundo?
JULIETA.— No soltar un duro.
OVIDIO.— Es lo que he hecho.
JULIETA.— ¿Y qué quieres que haga?
OVIDIO.— Que me ayudes, ¿no está claro?
JULIETA.— ¿No pretenderás que pague yo los ciento veinte millones?
OVIDIO.— Alguien tendrá que hacerlo.
JULIETA.— Pero, ¿es que piensas pagar?
OVIDIO.— ¿Yo? ¿Y de dónde los saco?
JULIETA.— Pero te habrá dicho algo.
OVIDIO.— Que quería el dinero. Así de claro.
JULIETA.— ¿Y a cambio?
OVIDIO.— A cambio nada. El silencio, supongo.
JULIETA.— Te pide ciento veinte millones y tú no le dices nada.
OVIDIO.— ¿Y qué le iba a decir?
JULIETA.— Pues que está loco.
OVIDIO.— Es lo que le he dicho.
JULIETA.— Muy hábil. *(Pausa.)* Y él, ¿qué dijo?
OVIDIO.— Se echó a reír.

JULIETA.— Está loco.
OVIDIO.— ¿Tú crees?
(Pausa.).
JULIETA.— ¿Y qué piensas hacer?
OVIDIO.— No sé. ¿A ti qué se te ocurre?
JULIETA.— ¿Tienes algo que ocultar?
OVIDIO.— ¿Me estás tomando el pelo?
(Pausa larga.)
JULIETA.— Es un farol.
OVIDIO.— ¿Tú crees?
JULIETA.— Es un farol. Te lo digo yo.
OVIDIO.— Eso me tranquiliza. De todas formas te diré que yo, en el peor de los casos, no pondría más de veinte.
JULIETA.— ¿En el peor de los casos?
OVIDIO.— Ya me dirás.
JULIETA.— Estás diciendo tonterías.
OVIDIO.— Veinticinco.
JULIETA.— Estás diciendo tonterías.
OVIDIO.— Treinta. Ni una peseta más, joder.
JULIETA.— Estás perdiendo los papeles.
OVIDIO.— Alguien los ha perdido por mí. ¿Cómo se ha enterado si no?
JULIETA.— Pero, ¿es que se ha enterado?
OVIDIO.— Y si no, ¿por qué se presenta en mi despacho y me pide ciento veinte millones?
JULIETA.— Te digo que es un farol:
OVIDIO.— Tiene que saber algo.
JULIETA.— Ha sido todo legal.
OVIDIO.— Trabaja en la sede.
JULIETA.— ¿Y qué?
OVIDIO.— ¿Dónde ha ido el dinero?
JULIETA.— ¿Y a ti qué te importa?
OVIDIO.— ¿Habéis entregado el dinero?
JULIETA.— Eso no es asunto tuyo. Me parece que estás hablando demasiado, Ovidio.
OVIDIO.— Estoy hasta los cojones.
JULIETA.— Estás cardíaco.
Ovidio.—Bufff...
JULIETA.— No te alteres.
OVIDIO.— ¿Y qué hago entonces?
JULIETA.— Tómate una tila. *(Al interfono.)* Amalia, por favor, ¿puede traernos un poco de tila? Y miel.
OVIDIO.— No quiero tila.
JULIETA.— Te sentará bien.
OVIDIO.— Dile que me traiga un whisky.

JULIETA.— *(Al interfono.)* Amalia, por favor. Tráiganos también un whisky... ¿Con hielo?... Con hielo, gracias.
OVIDIO.— Ese sabe algo.
JULIETA.— ¿Cómo se ha enterado?
OVIDIO.— ¿Cómo lo voy a saber?
JULIETA.— Lo tienes que saber.
(Pausa.)
OVIDIO.— Puede haber sido por otro. Por tus socios, por ejemplo.
JULIETA.— ¿Por qué no por mí?
OVIDIO.— O por ti.
JULIETA.— Tú crees que soy gilipollas.
OVIDIO.— Un fallo lo tiene cualquiera.
JULIETA.— Y tú no.
OVIDIO.— Yo también. Es posible.
JULIETA.— ¿Y por qué tengo yo que pagar por un fallo tuyo?
OVIDIO.— ¿Y si el fallo ha sido tuyo? *(Pausa.)*
JULIETA.— Me vas a volver loca. *(Pausa.)* Déjame pensar... *(Al interfono.)* Amalia, por favor, deje la tila y tráigame para mí otro whisky. Con hielo y un dedo de agua, por favor. *(Pausa.)* Ya me está doliendo la cabeza. *(Pausa.)* ¿Y cómo le saco yo a mis socios ese dinero? ¿No comprendes que esto es un disparate? *(Pausa.)*
OVIDIO.— A lo mejor no sabe nada.
JULIETA.— ¿Tú crees?
OVIDIO.— A lo mejor es lo que tú dices, un farol.
JULIETA.— ¿Un farol?
OVIDIO.— Habrá oído campanas...
JULIETA.— Y se presenta en tu despacho y te pide ciento veinte millones.
OVIDIO.— Todo el tiempo tirándose el rollo de la honestidad y todo eso. Será hijoputa.
JULIETA.— ¿Va de honesto?
OVIDIO.— Es un bocazas. Un marxista de mierda. Un fracasado.
JULIETA.— Un resentido.
OVIDIO.— Un resentido hijoputa.
JULIETA.— ¿Le has hablado de mí?
OVIDIO.— ¿Yo? No.
JULIETA.— No se te ocurra meter la pata.
OVIDIO.— ¿Y si se entera?
JULIETA.— No puede enterarse. ¿Qué tengo yo que ver con ese asunto? ¿Figuro yo en algún sitio?
OVIDIO.— A lo mejor.
JULIETA.— ¿A lo mejor?
OVIDIO.— ¿Estás sorda?
JULIETA.— Estamos perdiendo la calma.
OVIDIO.— Perder la calma me importa una mierda. Mientras no perdamos

otra cosa.
JULIETA.— ¿Qué quieres decir?
OVIDIO.— ¿A ti te gusta perder? Pues eso es lo que quiero decir.
(Pausa.) JULIETA.— ¿Qué quieres decir?

ESCENA CUARTA

JULIETA.— Te juro que no puedo más. Estoy harta de todo esto.
ALBERT.— Te comprendo.
JULIETA.— Abro todos los días el periódico pensando qué me voy a encontrar. A ver qué se les ha ocurrido hoy a estos cabrones. ¿Puedes creer que hace meses que no desayuno a gusto?
ALBERT.— Eso te pasa por leer el periódico.
JULIETA.— No te lo tomes a broma, Albert. No sé cuánto tiempo más voy a aguantarlo.
ALBERT.— Déjales que hablen. Si tú tienes la conciencia tranquila...
JULIETA.— ¿Es que lo dudas?
ALBERT.— No, mujer. Sólo digo que si tú tienes la conciencia tranquila...
JULIETA.— Tú sabes cómo he luchado yo todos estos años... ¿Es que no tengo derecho a disfrutarlo?
ALBERT.— La envidia es el deporte nacional.
JULIETA.— La envidia y la mala leche.
ALBERT.— La envidia es el mal, la mala leche el síntoma.
JULIETA.— Si supieran lo que cuesta estar arriba, día tras día con las uñas preparadas, ya veríamos lo que aguantaban.
ALBERT.— Es el perro del hortelano. Pero a ti no te debería importar... Nunca los humanos entenderán los móviles de los dioses...
JULIETA.— ¿Me estás tomando el pelo?
ALBERT.— Te estoy requebrando. En latín.
JULIETA.— ¿En latín? Pues a mí habíame en cristiano, Albert. Clarito, para que te entienda.
ALBERT.— A lo mejor no te gustaba lo que te iba a decir.
JULIETA.— ¿Qué es lo que me tienes que decir?
(Pausa.)
ALBERT.— Nada, déjalo... Tienes buen aspecto...
JULIETA.— ¿Qué tienes que decir, Albert?
ALBERT.— Nada, mujer... Que no te debería importar... lo de la prensa...
JULIETA.— ¿No? ¿Y si mi niño coge el periódico y ve la foto de su madre con un pie de página que dice que es una hija puta y una ladrona y que va por ahí robando a mano armada, no debe importarme?
ALBERT.— No exageres. Si tu niño todavía no sabe leer.
JULIETA.— ¿Cómo que no? Pedrito tiene ya siete años.
ALBERT.— ¿Siete años?
JULIETA.— Siete años, ¿comprendes? Y con siete años tiene que leer las

barbaridades que esos pringaos dicen de su madre.
ALBERT.— Tampoco es para tanto, no dramaticemos.
JULIETA.— Ya no puede una ni ir al supermercado. El otro día veo una foto mía, horrible además, me acababa de levantar, sin arreglarme ni nada... Había ido a Continente a hacer unas compras con Pedro... Bueno, pues, ¿sabes lo que decía ese miserable?
ALBERT.— Alguna barbaridad.
JULIETA.— Que era una hortera. ¿Y sabes por qué?
ALBERT.— Pues...
JULIETA.— Porque, según él, había comprado dos docenas de frascos de colonia Williams ¿Te lo puedes creer?
ALBERT.— ¿Para qué querías dos docenas de frascos?
JULIETA.— Pues para regalar. Además, estaba de oferta, qué quieres que te diga.
ALBERT.— Pero Julieta, hay que tener más cuidado con la imagen. Hoy día no se puede regalar cualquier cosa.
JULIETA.— Perdona. La colonia Williams es la que usaba mi padre.
ALBERT.— Y yo cuando estaba en la mili, qué cosas tienes. Mira, esto no lo hago por nadie... *(Interfono.)* Mersé, por favor, tráigame el listado de regalos.
JULIETA.— ¡Déjate de listados! ¡Me tenéis harta! Pero, ¿es que nadie me escucha?
(Pausa.)
ALBERT.— *(Interfono.)* Mersé, perdone, no hace falta que lo traiga. De todas formas, si no le importa, hágame una fotocopia. Gracias. Te vendrá bien, lo tengo todo... Pero, ¿qué te pasa?
JULIETA.— Pues lo que te estoy diciendo.
ALBERT.— Es que no sé lo que me estás diciendo.
JULIETA.— ¿Qué es lo que está pasando?
ALBERT.— ¿A qué te refieres?
JULIETA.— Esto no le conviene a nadie.
ALBERT.— ¿El qué?
JULIETA.— ¿Tú quieres guerra?
ALBERT.— Tristes son las guerras si no son de amores. Tristes, tristes, tristes...
JULIETA.— Dime una cosa. ¿Tú estás detrás de esto, sí o no?
(Pausa.)
ALBERT.— Tú sabrás.
JULIETA.— ¿Cómo que yo sabré? A mí habíame claro, Albert. Ya sabes que soy muy bruta. Una hortera que compra colonia barata en las rebajas, ya lo ves. Mi vida no tiene secretos para nadie. Cualquier día me fotografían sin bragas, como a la Koplowitz.
ALBERT.— No era la Koplowitz.
JULIETA.— ¿No?

ALBERT.— No. Además, tú siempre has cuidado mucho tu ropa interior, no creas que me he olvidado... ¿De qué color es ésa?

JULIETA.— No empieces.

ALBERT.— Es pura curiosidad. ¿Lila?

JULIETA.— Tú sí que estás hecho un lila. Pues, no. Son verdes, que es mucho más apropiado. Necesito sentirme optimista.

ALBERT.— El color de la esperanza.

JULIETA.— Y el de los billetes de mil.

ALBERT.— Qué gracia tienes. *(Interfono.)* Por favor, Mersé, no quiero que me interrumpan. No estoy para nadie.

JULIETA.— Albert... Como te levantes de esa silla le pongo un fax a tu mujer.

ALBERT.— Yo también le puedo contar a Pedro algunas cosillas...

JULIETA.— ¿Cómo puedes ser tan infantil? *(Pausa.)*

ALBERT.— Es increíble. Hace cinco años que me diste con la puerta en las narices y ahora vienes, te sientas ahí y como si tal cosa... ¿Y qué se supone que tengo yo que hacer?

JULIETA.— Nadie te ha pedido que hagas nada. Y no cambies de tema.

ALBERT.— No cambies tú. Me sueltas tus rollos, que si tu niño, que si los periodistas, que qué desgraciada eres...

JULIETA.— Yo no he dicho que sea desgraciada.

ALBERT.— Y yo te escucho, trato de ser amable, y hasta te doy consejos... en lugar de ... *(Pausa.)* Anda, será mejor que te vayas... Pídele la lista de regalos a mi secretaria. Te vendrá bien.

JULIETA.— ¿Qué es lo que tienes contra mí?

ALBERT.— Nada, no tengo nada contra ti.

JULIETA.— Yo creí que aquello ya estaba olvidado.

ALBERT.— Pues sí, ya lo está.

JULIETA.— O sea, que me odias.

ALBERT.— Te desprecio.

JULIETA.— ¿Me desprecias? ¿Y por eso pones esa cara de cordero degollado? Tú sí que me vas a hacer vomitar, asqueroso..., presumido. Que no sabes tratar a una mujer...

ALBERT.— No decías eso cuando te metías en mi cama.

JULIETA.— ¡Cerdo! ¡Machista!

(Pausa.)

ALBERT.— Perdona, estoy desvariando. Tienes la capacidad de hacerme perder los papeles. Anda, toma, suénate la nariz... Dios mío...

(Pausa.)

JULIETA.— Y por eso me mandas a Martínez...

ALBERT.— ¿A qué Martínez?

JULIETA.— Sabes perfectamente de qué Martínez te hablo.

ALBERT.— ¿Martínez?

JULIETA.— Trabaja para ti, ¿no?

Albert.—¿Qué Martínez?
JULIETA.— Estás disimulando.
ALBERT.— ¿Yo? Pero si no sé disimular. ¿No lo has visto? Si me hablaras de un Aguirregomezcorta, o de un Casamitjana, o yo que sé, pues te diría, le conozco, o no le conozco. Pero de un Martínez no te sabría decir. Si no me das más datos...
JULIETA.— Ricardo Martínez Belinchón. Cuarenta y cinco años. Militante desde el setenta y cinco, un histórico. Trabaja aquí en la sede. Y precisamente en tu departamento. ¡Qué casualidad!
ALBERT.— Ricky.
JULIETA.— Exacto. Ricky Martínez. *(Pausa.)*
ALBERT.— Bueno,.¿y qué te ha hecho Martínez?
JULIETA.— Nada. No me ha hecho nada. No puede hacerme nada.
ALBERT.— Entonces, ¿cuál es el problema?
JULIETA.— Eso digo yo.
ALBERT.— ¿Que cuál es el problema?
JULIETA.— No te entiendo.
ALBERT.— Digo que si lo que tú dices es que cuál es el problema.
JULIETA.— Sí. Eso es lo que digo.
ALBERT.— El problema es que eso es lo que digo yo. Sí, tú me hablas de Ricky Martínez y yo te pregunto que cuál es el problema. Porque se supone que tú tienes algún problema.
JULIETA.— No. Se supone mal. Ya te he dicho que yo he cumplido.
ALBERT.— Y yo te creo.
JULIETA.— Albert. ¿Tú estás conmigo o no?
(Pausa.) ALBERT.— No. *(Pausa.)* Pero no me importaría estar contigo. Ya te lo he dicho.

ESCENA QUINTA

ALBERT.— ¿Tienes algo contra los catalanes?
MARTÍNEZ.— No, nada.
ALBERT.— No te caigo bien, está claro.
MARTÍNEZ.— No, no es eso.
ALBERT.— ¿No te fías de mí?
MARTÍNEZ.— ¿Por qué no me iba a fiar?
ALBERT.— Entonces, no lo comprendo.
(Pausa.)
MARTÍNEZ.— ¿Por qué yo? ¿Por qué me has elegido a mí?
ALBERT.— Tengo las mejores referencias.
MARTÍNEZ.—¿De quién?
ALBERT.— Eres un histórico. ¿Cuántos años llevas aquí?
MARTÍNEZ.— Demasiados.
ALBERT.— Estás cansado, ¿verdad? ¿Se quemó la mecha?

MARTÍNEZ.— Será eso.
ALBERT.— Te comprendo. Yo también he pensado en dejarlo... Esto es la locura. El otro día, viniendo del puente aéreo, cojo un taxi y el tipo, que me habría visto en televisión, se puso a hacerme una requisitoria general, a grito pelado, como si fuera Castelar. Soltaba las manos y las agitaba así a la voz de "¡regeneración moral, regeneración moral!".
MARTÍNEZ.— Para haberos matado.
ALBERT.— Y tanto. El coche lanzado por la M-40, adelantando a toda pastilla y por supuesto sin respetar la limitación de velocidad.
MARTÍNEZ.— No la respeta nadie.
ALBERT.— Sí, pero por lo menos llevan las manos en el volante. Total, que me pasé todo el viaje pensando: "¿Yo qué hago aquí? ¿Por qué tengo que pasar estos bochornos? ¿Y si me voy a mi casa y que se hunda el muro de Berlín y la madre que lo parió?". Y cuando por fin llegamos y voy a pagarle...
MARTÍNEZ.— Ah, pero, ¿encima le pagaste?
ALBERT.— Bueno, el servicio lo había hecho.
MARTÍNEZ.— Y la pela es la pela, claro. Se me olvidaba que eras...
ALBERT.— Le digo: "Oiga, y usted, ¿a qué partido vota?". Y me dice que a nosotros, faltaría más.
MARTÍNEZ.— Ese buscaba que le dieras propina.
ALBERT.— No, no, en serio. El hijo de la Gran Bretaña, taxista tenía que ser. ¿No tiene narices la cosa?
MARTÍNEZ.— Las tiene, las tiene. Una lección de alta política. El pueblo soberano brillando en su esplendor.
ALBERT.— Le entrarn a uno ganas de plegar y dejarlo todo...
MARTÍNEZ.— ¿Y por qué no lo haces?
ALBERT.— Ya veo que te burlas de mí.
MARTÍNEZ.— No, lo digo en serio.
ALBERT.— ¿Y por qué no te vas tú?
MARTÍNEZ.— ¿Adonde? ¿Al paro? Tengo 45 años, Albert.
ALBERT.— Yo 46.
MARTÍNEZ.— Entonces, te comprendo. Habrá que aguantar carros y carretas.
ALBERT.— Pero no, yo creo en el programa.
MARTÍNEZ.— Ah, pero, ¿hay un programa? Caramba, primera noticia. Debes ser el único que lo ha leído.
ALBERT.— No te las des de cínico. Tú no eres así, sé perfectamente lo que te pasa. Yo también estoy avergonzado. Todos estamos avergonzados. Y el presidente el primero. Ya lo has oído: no estábamos preparados para enfrentar la corrupción.
MARTÍNEZ.— ¿Ah, no? Pues si llegamos a estar...
ALBERT.— Pero las cosas van a cambiar radicalmente.
MARTÍNEZ.— Desde luego, los resultados electorales no dejan duda.

ALBERT.— La opinión está equivocada. ¡Como si fuéramos nosotros los culpables de la corrupción! ¿Y el ayuntamiento de Burgos? ¿Y la Xunta de Galicia? ¿Y las tragaperras de los vascos? ¿Y los chorizos de la Banca Catalana? Este país está lleno de hijos de puta, Richi... ¿Vamos a dejar que caiga en sus manos?

MARTÍNEZ.— Según tú, el sistema está podrido...

ALBERT.— La democracia en España tiene quince años. Es una adolescente en la edad del pavo. Cualquier golfo la invita a un caramelo y se la tira en una cuneta. El problema es la financiación de los partidos... ¿Queremos democracia? Pues habrá que tener partidos. Y si hay partidos, alguien tiene que pagarlos. Así de sencillo. Y si no hay dinero, habrá que buscarlo. Pero, claro, dinero que corre por ahí sin papeles, sin firmas, sin contabilidades, es dinero negro que alimenta a los corruptos. Esa es la realidad, Richi... *(Pausa.).* Buff, me he quedado seco. Dile a tu secretaria que nos traiga unas cervezas.

MARTÍNEZ.— No tengo secretaria.

ALBERT.— ¿No? Pero, hombre, Ricky... Llevas la tira de años aquí, ¿y no tienes secretaria?

MARTÍNEZ.— ¿Para qué la voy a tener si no hago nada? La verdad es que no sé por qué me mantenéis. Debe ser gracias a Franco.

ALBERT.— ¿A Franco?

MARTÍNEZ.— Gracias a él en España no hay despido libre. Todavía. *(Pausa.)*

MARTÍNEZ.— Era una broma, hombre, no pongas esa cara. Desde luego, los catalanes tenéis el sentido del humor en el culo.

ALBERT.— Es otra cultura.

MARTÍNEZ.— Será eso.

(Pausa.)

ALBERT.— Necesitamos hombres como tú.

MARTÍNEZ.— ¿Para qué?

ALBERT.— Para que este país siga progresando. ¿O es que quieres arrojar a España a los pies de la derechona? ¿Te imaginas de lo que serían capaces?

MARTÍNEZ.— ¿Esos? De nada. Se llevarán su tajada y hasta la próxima.

ALBERT.— No te engañes. La gente lo va a pasar mal. Todos esos gilipollas que hoy les votan no saben la que se les viene encima. Vamos a ver a los pensionistas mendigando un mendrugo. Y a familias enteras en la calle por desahucio. Y los fines de semana, los niñatos de Serrano saldrán a cazar negros y moros, como en Alemania.

MARTÍNEZ.— Sí, y tendremos tres millones de parados, la Seguridad Social en quiebra, la Guardia Civil robando a mano armada y el Banco de España privatizado en una tómbola. Tú para dar mítines no tienes precio. *(Pausa.)*

ALBERT.— Te hablo en serio, Ricardo. Te estoy ofreciendo un puesto de

responsabilidad.
MARTÍNEZ.— Estoy bien donde estoy.
ALBERT.— Pero si no haces nada...
MARTÍNEZ.— Por eso.
(Pausa.)
ALBERT.— ¿Desde cuándo te las das de tipo duro?
(Pausa.)
ALBERT.— No me hagas reír, Ricky.
MARTÍNEZ.— El que ríe el último...
ALBERT.— Ojalá sea así. *(Pausa.)* Ojalá. Nada me gustaría más que ver a Cabello pateando en el suelo como una puta apaleada.
MARTÍNEZ.— ¿A quién?
ALBERT.— A Cabello. A Ovidio Cabello.
MARTÍNEZ.— No sé de qué me hablas.
ALBERT.— Ni yo quiero que me lo expliques. Si me meto en esto es por una sola razón: porque no creo que seas capaz, sinceramente.
MARTÍNEZ.— Crees que soy un gilipollas.
ALBERT.— Si quieres verlo así...
MARTÍNEZ.— Por eso me tienes aquí en un rincón.
ALBERT.— No es culpa mía. Yo te hubiera puesto en la calle hace tiempo. No vales para esto, Ricky. Pero, claro, eres una pieza de museo... y aquí estás, archivando no sé qué... ¿Qué es exactamente lo que haces?
MARTÍNEZ.— ¿De verdad no lo sabes?
ALBERT.— Hace tiempo que he dejado de interesarme por tus paridas, ¿qué quieres que te diga? Y eso que algunas tenían gracia... Aquella idea de quitarle la tarjeta de crédito a todos los altos cargos para ahorrar déficit público, muy bueno lo tuyo, qué visión de la jugada.
MARTÍNEZ.— Se ahorrarían todos los días millones de pesetas.
ALBERT.— Ricky, Ricky... Eres un pedazo de pan. ¿De verdad vas a poder con ese hijo de perra? Ricky, quiero que sepas una cosa, si de verdad tienes agarrado a Cabello por los testículos, si de verdad le puedes hacer gritar, aquí tienes un amigo. Incondicional. A tu disposición siempre que el programa mínimo se concrete en un sólo punto: descabello de Cabello.
MARTÍNEZ.— No sé de qué me estás hablando.
ALBERT.— ¿No lo sabes?
MARTÍNEZ.— No.
ALBERT.— Bueno. Por lo menos espero que sepas de qué estás hablando tú.

ESCENA SEXTA

MARTÍNEZ.— Ladran, luego, cabalgamos. Lo que más me sorprende es que haya sido tan fácil. Toda mi vida acostumbrado a ser honrado, pensaba que sería como arrancarme la piel. Que por lo menos iba a sentir remordimientos.

PAQUITA.— Esto es una locura, Ricky. No puede terminar bien.
MARTÍNEZ.— ¿Te parece poco ciento veinte millones?
PAQUITA.— Todavía no tienes el dinero. ¿De veras crees que te lo van a dar por las buenas? ¿En qué mundo vives?
MARTÍNEZ.— Lo tengo agarrado por los testículos... Y no hay que apretar. Él sabe que le tengo sujeto. Discutirá, llorará, suplicará, pero, ¿qué remedio le queda? Sí, bwána, sí, bwana...
PAQUITA.— ¿Y si no tiene ese dinero?
MARTÍNEZ.— Ése es su problema, ¿no te parece? Los negocios son los negocios.
PAQUITA.— Esto no son negocios.
MARTÍNEZ.— ¿Ah, no?
PAQUITA.— Negocios es cuando tú das algo a cambio de algo.
MARTÍNEZ.— ¿Y los papeles que tenemos no son nada?
PAQUITA.— Pero esos papeles no se los damos, Ricky. Ya son suyos.
MARTÍNEZ.— Eran suyos. ¿Y tengo yo la culpa de que ese idiota te los haya puesto delante de las narices? ¿Tengo yo la culpa de que sea imbécil?
PAQUITA.— Ricky... No quiero convertirme en una ladrona...
MARTÍNEZ.— Mujer, quien roba a un ladrón...
PAQUITA.— Nosotros creemos en la justicia, ¿no?
(Pausa.)
MARTÍNEZ.— Mira, te voy a decir una cosa: no seas cristiana, ¿me oyes? No seas jipy... Tú vas por el bosque y te encuentras una trufa enorme, ¿qué haces?
PAQUITA.— ¿Una trufa?
MARTÍNEZ.— Es un ejemplo.
PAQUITA.— No sabría distinguirla. No he visto una trufa en mi vida. Bueno, he visto las de las pastelerías, pero ya sé que no son así.
MARTÍNEZ.— Eso es lo que pasa.
PAQUITA.— ¿El qué?
MARTÍNEZ.— Que no tienes ni idea.
PAQUITA.— Me han dicho que hay que llevar un cerdo. Los cerdos las huelen. Porque están enterradas entre... la maleza. Y el cerdo escarba y la saca...
MARTÍNEZ.— Así que un cerdo. Podías llevar a Ovidio. Ése sí que no falla, huele una trufa y mete el hocico a fondo. ¿De verdad no tienes hambre? Con tanta trufa me está entrando... ¿Nos vamos a un chino para celebrarlo?
PAQUITA.— Tengo miedo.
MARTÍNEZ.— ¿Miedo? ¿Por qué? No puede pasarnos nada.
PAQUITA.— Es como si estuviéramos derrumbando todo a nuestro alrededor.
MARTÍNEZ.— Mi amor, no te entiendo.
PAQUITA.— ¿Tú estás seguro de lo que hacemos?

MARTÍNEZ.— Me he hartado, Paquita. Y he dicho basta. Ojalá las cosas fueran de otra manera, pero no son así, qué le vamos a hacer. ¿Tan difícil es entender eso? A ti te ha pasado lo mismo con tu familia, ¿no? Si no, no estaríamos aquí. ¡Tú eres la que empezó esto!

PAQUITA.— Porque ese tío es un cerdo. Y mi hermana igual. Todo el día aguantándoles por una mierda que me pagan. Y todavía se creen que me están haciendo un favor. Ellos ganando la pasta a espuertas y yo viéndola pasar por delante y haciendo como que no me entero de nada.Y ese gilipollas, que se cree un sex-simbol, se pensará que soy una tarada. Pero se va a joder, por cabrón, se va a joder, y que le vaya a meter mano a la zángana de mi hermanita. Y si no, que se vaya de putas al Bernabéu, a ver si le pegan un herpes y se le seca la polla.

(Pausa.)

MARTÍNEZ.— Así me gusta. Toro Sentado desentierra otra vez el hacha de guerra. Sin piedad, Paquita, sin piedad. Ellos tampoco la tendrían con nosotros. Anda, ven. *(Pausa.)*

PAQUITA.— ¿Vamos a un restaurante pijo? Como ahora vamos a ser ricos...

MARTÍNEZ.— Hay que ser prudentes. Por cierto, ya te he dicho que no deberías venir a mi despacho. No nos conviene que Ovidio se entere de lo nuestro.

PAQUITA.— Tarde o temprano se va a enterar.

MARTÍNEZ.— No nos precipitemos.

PAQUITA.— Es por tu mujer.

MARTÍNEZ.— También. Todavía no. Lo hemos hablado.

PAQUITA.— No lo habéis hablado.

MARTÍNEZ.— Hemos hablado, sí, pero hay cosas que no están claras.

PAQUITA.— ¿El qué?

MARTÍNEZ.— Los niños, el piso, las vacaciones, los papeles que tenemos firmados... No es tan fácil, Paquita, ya te lo he explicado...

PAQUITA.— No se puede tener todo.

MARTÍNEZ.— No, claro...

PAQUITA.— Hay que elegir.

MARTÍNEZ.— Y yo he elegido, ¿no? Te he elegido a ti.

PAQUITA.— ¿Estás seguro?

MARTÍNEZ.— Segurísimo. ¿No me lo notas?

PAQUITA.— ¿Cuándo se lo vas a decir?

ESCENA SÉPTIMA

PIRULO.— Me han dicho que no te reciba.

OVIDIO.— ¿Quién?

PIRULO.— Arriba.

(Pausa.)

PIRULO.— Muy arriba.

OVIDIO.— Pero, ¿por qué?
PIRULO.— Tú sabrás.
OVIDIO.— Pirulo... *(Pirulo le mira en silencio.)* Joder, Pirulo...
PIRULO.— ¿Qué?
OVIDIO.— ¿A ese extremo hemos llegado? ¿A un compañero no se le va a dar la oportunidad de defenderse? ¿Esto es Rusia o qué?
PIRULO.— ¿Estás aquí, no?
OVIDIO.— Pero dices que te han dicho que no...
PIRULO.— Me lo han dicho. Tú sabrás por qué.
OVIDIO.— No tengo ni idea.
PIRULO.— Pues no te lo puedo aclarar.
OVIDIO.— ¿Quién te lo ha dicho?
PIRULO.— Ovidio...
OVIDIO.— ¡Tengo que saber por dónde vienen los tiros!
PIRULO.— Lo siento.
OVIDIO.— ¿Ha sido Albert Costa?
(Pausa.)
OVIDIO.— Ha sido ese hijo de perra, no lo niegues.
PIRULO.— Hace meses que no hablo con Costa, y es lo último que te digo.
OVIDIO.— Ese cerdo quería la concesión para los suizos, y yo se la levanté delante de las narices. El cabrón no sabe encajar un golpe con elegancia y ha ido por mí a muerte.
PIRULO.— No estaba enterado.
OVIDIO.— Como ahora los catalinos son los que cortan el bacalao...
PIRULO.— Eso no es cierto.
OVIDIO.— ¿No?
PIRULO.— No. ¿De dónde te lo sacas?
OVIDIO.— Lo que leo en los periódicos.
PIRULO.— Intoxicaciones interesadas.
OVIDIO.— Pero, no me jodas, no hay más que ver el gobierno, está lleno de catalanes.
PIRULO.— Está lleno de personas competentes, que son adecuadas para el cargo que desempeñan. Y a veces coincide que son catalanes.
OVIDIO.— ¿Y Albert Costa?
PIRULO.— ¿Qué?
OVIDIO.— ¿También coincide?
PIRULO.— Albert Costa no está en el gobierno.
OVIDIO.— A este paso...
PIRULO.— ¿Qué puedo hacer por ti?
OVIDIO.— Ayudarme.
PIRULO.— Me han dicho que no te reciba.
OVIDIO.— Pero me has recibido.
PIRULO.— ¿Yo?
OVIDIO.— Estoy aquí, ¿no?

PIRULO.— ¿Estás?
OVIDIO.— ¿Estoy o no estoy?
PIRULO.— Tú sabrás...
OVIDIO.— ¡Estoy, cojones, estoy aquí, con dos cojones, aquí dando la cara!
PIRULO.— Si tú lo dices...
OVIDIO.— Pero, ¿qué está pasando?
PIRULO.— Me han dicho que no te reciba, qué quieres que te diga...
OVIDIO.— Joder... *(Pausa.)* Vais a acabar conmigo.
(Pausa.)
PIRULO.— Ovidio. Yo no sé nada de todo esto. Y no me lo expliques, porque quiero seguir sin saberlo. Te he recibido como amigo, en visita personal, pero si me vas a hablar del tema, corto inmediatamente.
OVIDIO.— ¿De qué tema?
PIRULO.— Del tema.
OVIDIO.— ¿No dices que no sabes nada? Pues si no sabes de qué se trata, ¿cómo vas a cortar si saco el tema?
PIRULO.— No te entiendo.
OVIDIO.— Tendrás que saber cuál es el tema. O sea, si yo saco un tema y tú no sabes cuál es el tema, ¿cómo vas a cortarlo? Tendrás que saber cuál es el tema, vamos, digo yo...
PIRULO.— No te sigo.
OVIDIO.— ¿No me sigues? Vamos a ver si me sigues o no. Supongamos que yo voy ahora y saco un tema. Por ejemplo, lo de los moracos. Lo de la guerra del Golfo. Y yo te digo, por ejemplo, que sé quién se pringó, cómo, cuándo y dónde. Buen tema, ¿no? ¿Tú qué harías?
PIRULO.— Te diré lo que haría si yo fuera tú.
OVIDIO.— No, no, dime lo que harías si tú fueras tú.
PIRULO.— Es que yo no soy yo.
OVIDIO.— ¿Ah, no? ¿Vives sin vivir en ti, o qué?
PIRULO.— Es qué yo no estoy aquí hablando contigo.
OVIDIO.— No estás hablando conmigo. O sea que eres una proyección astral o algo así.
PIRULO.— Algo así.
(Pausa.)
OVIDIO.— Entiendo. *(Pausa.)* ¿Yá sé te ná olvidado cuando venías a esconderte en mi casa porqué te buscaba la policía?
PIRULO.— En tu casa no. En casa de tú madre. Y no se me ha olvidado. Por eso estoy aquí escuchándote.
OVIDIO.— Tu espectro.
PIRULO.— Aunque me han dicho que no te reciba.
OVIDIO.— Pirulo, por la memoria de mi madre...
PIRULO.— No me vuelvas a llamar Pirulo.
OVIDIO.— Perdón... No sabía,... perdón... ¿como quieres que te llame?
PIRULO.— Por mi nombre.

OVIDIO.— Está bien... Lo único que quiero es que me escuchen... Arriba, ¿entiendes?... Que me dejen defenderme, ¿no? Es lo justo, ¿no? Y lo que tengo que decir es muy sencillo. Cuatro puntos. Mira, está todo aquí escrito. Sólo quiero eso, no pido más... Que lo lean arriba, *y* después, allá ellos... yo me lavo las manos... Yo he cumplido lo que hablamos, me he portado legal, ¿no? Y si no ha sido así, que me lo digan, pero por lo menos poder hablar, ¿no? Toma, léelo… Toma… (*Pausa. Pirulo no acepta el papel que le ofrece Ovidio.)*

PIRULO.— Esto lo hago por tu madre.

OVIDIO.— Toma.

PIRULO.— Ni toma, ni hostias. Guárdatelo.

OVIDIO.—¿Entonces?

PIRULO.— Tu madre es una persona honrada, pero tú, eres un golfo; Ovidio.

OVIDIO.— Eres injusto conmigo.

PIRULO.— La gente como tú debería estar en la cárcel.

OVIDIO.— La gente como yo es la que ha levantado este país y este partido. Y la que os da de comer a los que no os atrevéis a cogérosla sin papel de fumar.

PIRULO.— Descuelga el teléfono y cállate.

OVIDIO.— ¿El teléfono?

PIRULO.— Marca mi número.

OVIDIO.— Dará comunicando.

PIRULO.— Este no, el otro, imbécil. El de mi secretaria.

OVIDIO.— Pero tu secretaria no está.

PIRULO.— Saltará el contestador.

OVIDIO.— ¿El contestador?

PIRULO.— ¿Qué otro remedio te queda, si yo me he negado a recibirte?

OVIDIO.— Ahhhh, qué jodío eres... No me explico cómo todavía no te han hecho ministro... *(Saca la agenda.)* Vamos a ver, Pirulo, Pirulo, aquí está...

ESCENA OCTAVA

JULIETA.— No lo entiendo. *(Pausa.)*

JULIETA.— De verdad, no lo entiendo.

PIRULO.— Pues es fácil de entender.

JULIETA.— Ya sabes que soy muy bruta. No tengo estudios universitarios.

PIRULO.— Esto lo entiende un niño de pecho.

JULIETA.— ¿Se trata de cortar cabezas o qué?

PIRULO.— Se trata de cortar por lo sano.

JULIETA.— ¿Y quién dice qué es lo sano? ¿La prensa?

PIRULO.— Eso se huele.

JULIETA.— O sea, que va a haber sangre.

PIRULO.— Y va a salpicar. Y el que no sepa apartarse...

JULIETA.— Yo no tengo de qué preocuparme.
PIRULO.— Tú sabrás.
JULIETA.— He hecho lo que tenía que hacer.
PIRULO.— No digo que no.
JULIETA.— Entonces, ¿qué me estás diciendo?
PIRULO.— Que las cosas han cambiado.
JULIETA.— ¿Y si no juego?
PIRULO.— Entonces rompemos la baraja.
JULIETA.— *(Al interfono.)* Amalia, por favor, póngame con la secretaría de organización.
PIRULO.— Pregúntale. Y luego me lo pasas que le voy a explicar yo dónde está el dinero que tenían que haber pagado los alemanes. *(Pausa.)*
JULIETA.— *(Al interfono.)* Amalia, perdone, ya no me hace falta esa llamada. *(Pausa.)* ¿Qué te parece si me explicas cómo sería la cosa? A lo mejor llegamos a un acuerdo.
PIRULO.— Punto uno: el dinero de los alemanes se ingresa tal como se había convenido. Punto dos...
JULIETA.— Un momento. Ha habido gastos.
PIRULO.— ¿Qué gastos?
JULIETA.— Gastos. El tres en uno. Para engrasar la máquina, ya sabes...
PIRULO.— ¿Cuánto?
JULIETA.— Quince, veinte kilos, lo normal.
PIRULO.— Está bien. Se efectúa una liquidación previo justificante, y el resto se ingresa.
JULIETA.—: ¿Y las comisiones?
PIRULO.— ¿Cuánto serían?
JULIETA.— Ha habido un trabajo. Y bien fino. Eso no se puede negar.
PIRULO.— Finísimo. ¿Cuánto?
JULIETA.— ¿Un quince?
PIRULO.— De acuerdo. En un plazo de quince días.
JULIETA.— Hombre, quince días...
PIRULO.— Treinta. Ni uno más.
JULIETA.— Treinta entonces.
PIRULO.— Punto dos: En atención a vuestro curriculum y a los servicios prestados al partido no se os corre a gorrazos hasta Carabanchel. ¿Entendido?
JULIETA.— Sólo una cosa... Supongo que Albert nos devolverá la documentación.
PIRULO.— ¿Albert?
JULIETA.— Albert Costa. ¿No pretenderás que paguemos por nada?

PIRULO.— Se os devolverá la documentación, por supuesto. Me parece justo.

ESCENA NOVENA

MARTÍNEZ.— No te metas, Pirulo. No te metas.
PIRULO.— ¿Cómo que no me meta? Me has metido tú a mí. ¿Me vienes con rollos macabeos de corrupciones y dineros negros y ahora pretendes que me olvide?
MARTÍNEZ.— He cambiado de opinión.
PIRULO.— ¿No irás á hacer una tontería, eh? Richi, no me jodas,... ¿no irás a hacer un disparate?
MARTÍNEZ.— No te metas.
PIRULO.— Está bien. Está bien… Tú sabrás lo que haces... *(Pausa.)*
MARTÍNEZ.— ¿Cómo van las cosas por las alturas?
PIRULO.— ¿Cómo va el qué?
MARTÍNEZ.— Pues, no sé... la política, la res pública.
PIRULO.— ¿Cómo crees tú que va?
MARTÍNEZ.— ¿Agitada?
PIRULO.— Cantábrica. Y tú la quieres remover más.
(Pausa.)
PIRULO.— ¿Para qué quieres el dinero?
MARTÍNEZ.— ¿Para qué? Venga, Pirulo, qué pregunta... Desde luego, no voy a ponerle calefacción a la caseta del perro. La verdad es que tampoco es para tanto. No estoy sólo en este negocio, como podrás comprender…
PIRULO.— ¿No estás solo?
MARTÍNEZ.— Pues claro que no...
PIRULO.— No me lo puedo creer... De ti, no, Richi... De cualquiera menos de ti…
MARTÍNEZ.— No; claro, el tonto el culo de Richi, cómo lo íbamos a imaginar. Aquí todo el mundo metiendo la mario en la hucha y el pobre Richi, el soplagaitas de Richi, pegando cartelas por los barrios del sur.
PIRULO.— ¿Te has pasado al enemigo?
MARTÍNEZ.— Me he pasado al vil metal. Así de sencillo.
PIRULO.— El vil metal no lo vas a oler, Richi. Ni tú ni Albert Costa. Te lo juro por mis muertos. No vais a tocar ni una limadura. Por estas.
MARTÍNEZ.— ¿Y a ti qué te importa? Pirulo, joder, pase lo que pase, somos amigos. ¿Me he mecido yo en tus asuntos? ¿No he estado a tu lado siempre que me has necesitado?
PIRULO.— Pero ahora estás con Albert Costa.
MARTÍNEZ.— ¿Pero qué tiene que ver Costa con esto? Yo voy a lo mío...
PIRULO.— Y le haces el juego a el...
MARTÍNEZ.— ¿Qué juego?
PIRULO.— Nos están atacando por el flanco, ¿no lo comprendes? Se cargan a Cabello, Cabello trata de salvarse y tira de la manta, cae alguien más, que a su vez empuja a otro,... es como las fichas del dominó, no hay quien lo

pare y al final todo llega al rnismo lugar. Arriba.

MARTÍNEZ.— Pero no tiene que caer ninguna ficha.

PIRULO.— Si sigues empujando a Cabello, caerá.

MARTÍNEZ.— ¡Que pague!

PIRULO.— ¿Qué pague?

MARTÍNEZ.—Sí.

PIRULO.— ¿Cabello? ¿Que pague Cabello?

MARTÍNEZ.— Sí. Lo mismo que cobró, que pague.

PIRULO— Estás loco. Eso es como decir "lo mismo que cagó, que descague".

MARTÍNEZ.— Pues que descague, sí.

PIRULO.—Has perdido la razón. Pero, ¿en qué mundo vives? Cabello no pagará. ¿Por que iba a hacerlo?

MARTÍNEZ.— Por el honor del partido.

PIRULO.— ¿Pero qué partido ni qué hostias? ¿A ese sinvergüenza qué le importa el partido? Pero, ¿es que ya no tienes memoria? ¿Dónde estaba ese golfo cuando tú y yo nos jugábamos el tipo con la policía de Franco?

MARTÍNEZ.— Haciendo oposiciones a notarías.

PIRULO.— Exactamente. Oposiciones que nunca sacó, porque si las hubiera sacado, ahora sería oposición.

MARTÍNEZ.— ¿Y a esa gente es a la que defiendes?

PIRULO.— Richi, Richi, hemos hablado mil veces de esto... ¿Cuántos concejales sacamos en las elecciones del 79, te acuerdas?

MARTÍNEZ.— Qué pregunta, ¿cómo me voy a acordar? ¿Te acuerdas tú?

PIRULO.— Miles. Miles. Más que los afiliados que teníamos en el 76 cuando la legalización. ¿Comprendes? Hubo que echar mano de todos esos come-mierdas, ¡les necesitábamos!

MARTÍNEZ.— Nos equivocamos, Pirulo, reconócelo...

PIRULO.— Sin ellos no hubiéramos podido ganar las elecciones...

MARTÍNEZ.— ¿Y para qué las hemos ganado?

PIRULO.— ¿Para qué las hemos ganado?

MARTÍNEZ.— Sí. ¿Para qué las hemos ganado?

PIRULO.— ¿No me irás a decir que no se vive mejor ahora en España?

MARTÍNEZ.— Ovidio Cabello sí, lo reconozco. ¿Qué te pasa?

PIRULO.— Nada...

MARTÍNEZ.— ¿Te encuentras mal?

PIRULO.— ¿Tienes una copa?

MARTÍNEZ.— La petaca.

PIRULO.— Gracias... Ya estoy mejor. Es que de pronto he pensado: este hijo puta de Ovidio tiene la mitad de los genes de su padre, que era una bellísima persona... Es increíble. El mundo es... una controversia.

ESCENA DÉCIMA

OVIDIO.— No voy a pagar.
JULIETA.— ¿Y quién te ha dicho que pagues?
OVIDIO.— Nadie. Por eso.
JULIETA.— Tú sabrás lo que te conviene.
OVIDIO.— Desde luego. Esto es un atraco. Un impuesto revolucionario. Mi dignidad no me lo permite.
JULIETA.— Bien.
OVIDIO.— Claro, que si no pago...
JULIETA.— ¿Sí?
OVIDIO.— Ese tío está un poco loco...
JULIETA.— ¿Y?
OVIDIO.— Igual le da por sacarlo todo en los periódicos.
JULIETA.— Sería una lástima…
OVIDIO.— ¿A ti no te preocupa?
JULIETA.— ¿Debería preocuparme?
OVIDIO.— A mí me preocupa.
JULIETA.— Es natural. Yo en tu lugar estaría temblando.
OVIDIO.— ¿Y si te ves mezclada en la movida?
JULIETA.— ¿Yo? ¿Qué tengo yo que ver en esto?
OVIDIO.— ¿Y si con el jaleo salen otras cosas? Se empieza a tirar del hilo y... ya sabes.
JULIETA.— ¿Así me pagas lo que he hecho por ti?
OVIDIO.— ¿Qué has hecho por mí?
JULIETA.— ¿Cuántos millones tenías antes de conocerme? Ponlos debajo de los que tienes ahora y resta. Eso es lo que he hecho por ti.
OVIDIO.— Yo no voy a pagar los ciento veinte. No puedo.
JULIETA.— ¿Cuántos puedes?
OVIDIO.— Quince.
JULIETA.— El otro día dijiste que treinta.
OVIDIO.— Bueno, pues treinta.
JULIETA.— Y el resto lo pongo yo.
OVIDIO.— Quien sea.
JULIETA.— Levanta tu culo asqueroso de esa silla y sal de aquí antes de que te corra a patadas.
OVIDIO.— ¿Pero es que pretendes que pague yo?
JULIETA.— Tú verás lo que te conviene. *(Pausa.)* Pero yo en tu lugar negociaría.
Ovidio;—: Me estás diciendo que pague.
JULIETA.— A lo mejor te hacen una rebaja.
OVIDIO.— ¿Quién está detrás de ésto?
JULIETA .—No lo sé.
OVIDIO.— Diles que.aquí se arma la gorda. No voy a dejar que me saquen el pan de mis hijos sin defenderme.

JULIETA.— No, claro, pero... ¿puedes defenderte?
OVIDIO.— ¿Crees que no tengo contactos? Ten cuidado, no te vaya a costar esto un disgusto.
JULIETA.— Eres tú él que ha provocado está situación. Lo lógico es que seas tú el que la resuelva.
OVIDIO.— ¿Yo he provocado esta situación?
JULIETA.— El dinero te lo han pedido a ti, ¿no? Por algo será.
OVIDIO.— ¿Qué quieres decir?
(Pausa.)
JULIETA.— ¿Sabes a quién se cepilla tu amigo Martínez Belinchón? Es alguien que conoces de cerca.
(Pausa.)
OVIDIO.— ¿A mi mujer? ......
JULIETA.— Ojalá. Peor todavía. A tú secretaria, cretino.
OVIDIO.— ¿A Paquita? Eso es imposible. Pero si Paquita…
JULIETA.— ¿Qué?
OVIDIO.— Que es virgen.
JULIETA.— ¿Sí? ¿Tú cómo lo sabes? Mira... Se las sacaron ayer mismo en el cine Palafox. Con infrarrojos. Me costó una pasta la broma. ¿Ves esto que le sale a Belinchón por la bragueta? ¿Lo ves bien? ¿Tú qué dirías que es?

ESCENA UNDÉCIMA

JULIETA.— No entiendo por qué te extraña, compañero.
MARTÍNEZ.— Pues me extraña.
JULIETA.— No te debería extrañar. En un puesto de responsabilidad como éste hay que tomar medidas de seguridad. Cualquier empresa seria lo haría. ¿Te parece mal?
MARTÍNEZ —No, pero me sorprende.
JULJETA.— Parece que tú te sorprendes por todo.
MARTÍNEZ— Además, mi trabajo no es de responsabilidad.
JULIETA.— Pero tengo entendido que vas a ser jefe de prensa del área de Costa.
MARTÍNEZ.— Le he dicho a Albert que no voy a aceptar.
JULIETA.— Ahora la sorprendida soy yo. Es una buena promoción. Y supongo que tendrá sus compensaciones económicas.
MARTÍNEZ.— No me interesa el dinero.
JULIETA-— No me digas. ¿Y qué te interesa, la familia? A lo mejor tienes por ahí una foto de tus hijos... Son tres, ¿verdad?
MARTÍNEZ.— Tres, sí.
JULIETA.— ¿Son estos? Qué encanto... ¿Es tu mujer o la otra?
MARTÍNEZ.— ¿Qué otra?
JULIETA.— La otra. No te hagas el tonto.

MARTÍNEZ.— No hay otra.
JULIETA.— Los informes que tengo dicen lo contrario. Pero ésta es tu mujer, no hay duda. Menuda pinta. Te comprendo perfectamente. Y el caso es que en sus tiempos no debía estar del todo mal. Claro, que tres hijos... Pobrecilla. Las mujeres siempre salimos perdiendo. Lo que más me jode es que, si a los niños les pasara algo, la que lloraría es ella.
MARTÍNEZ.— ¿Por qué les iba a pasar nada?
JULIETA.— ¿Por qué? Pues anda que no pasan cosas, ¿es que no lees los periódicos? Un niño va a cruzar una calle, y un conductor borracho... Otro angelito en el cielo. ¿Cuál es tu favorito?
MARTÍNEZ.— Largo de aquí.
JULIETA.— No te precipites, Martínez Belinchón Ricardo. No te precipites porque puedes lamentarlo amargamente.
MARTÍNEZ.— Lárguese.
JULIETA.— Tutéame, compañero, sin protocolos...
MARTÍNEZ.— Si a mi hijo le pasa algo, te abro en canal como a una cerda. ¿Me has oído?
JULIETA.— Perfectamente. Y si gritas un poco más, te oirán en el vestíbulo y subirán los de seguridad.
MARTÍNEZ.— ¿Y qué?
JULIETA.— Tú sabrás.
MARTÍNEZ.— Les diré la verdad.
JULIETA.— ¿En serio? Me dejas de piedra pómez.
MARTÍNEZ.— Y le prendo fuego al chalé.
JULIETA.— ¿Al mío? Eso ya me jodería más. Y digo yo, ¿no sería más práctico llegar a un acuerdo?
MARTÍNEZ.— ¿Qué acuerdo?
JULIETA.— Un acuerdo amistoso. Razonable.
MARTÍNEZ.— Razonable.
JULIETA.— Razonable, sí. Por las buenas.
MARTÍNEZ.— Por las buenas.
JULIETA.— Es mejor, ¿no? ¿Qué necesidad hay de amargarse la vida?
MARTÍNEZ.— Ninguna. Yo desde luego no me la pienso amargar.
JULIETA.— Lo malo es que el hombre propone y Dios dispone.
MARTÍNEZ.— A mí, hábleme claro.
JULIETA.— Chico listo. Tú y yo nos vamos a entender.
MARTÍNEZ.— Si usted lo dice.
JULIETA.— Hermosos muchachos. ¿Piensas tener más?
MARTÍNEZ.— Los que me salga de los cojones.
JULIETA.— Eso por supuesto. Lo malo es que a lo mejor no te sale. Quiero decir que no es tan fácil. Hay quien lo intenta y lo intenta y nada. Por lo visto tiene que ver con el semen. Han hecho unos experimentos y resulta que el semen de ahora es mucho peor que el de hace cincuenta años. Y no me extraña, se ve que entonces le echaban más cojones a todo. Fíjate

la guerra, por ejemplo. Menuda casta, medio millón de muertos, y luego los fusilamientos, y los tuberculosos, y los del hambre, en fin, que aquella gente ponía interés, no se puede negar. Pero ahora, no sé yo si... Es que decirlo es fácil, e imaginarlo, pero luego hay que ponerse y se suda, vaya que sí se suda... Y no vale cualquiera. Porque si valiera, todos se apuntarían. Cualquiera se presentaría en tu despacho a decir: quiero cien millones. No. Doscientos, que me lo he pensado mejor. Y habría que dárselos, ¿no? ¿Con qué criterio se los ibas a negar? Si con sólo decirlo basta... Pero no es tan fácil, Martínez Belinchón. ¿Tú te lo has pensado bien? Me parece que no. Porque si te lo piensas bien, no hay color. A mí me ofrecen la décima parte, así, limpias, sin IVA ni IRPF, y no lo dudo. Oye, doce millones, son doce millones, y así por la cara... Porque lo otro, no. Lo otro tendrá que ser a mordiscos. Y en la calle pueden pasar muchas cosas. Dicen que ahora hay unas mafias que secuestran niños y les quitan órganos para que esos viejos asquerosos millonarios que se pudren en Florida aguanten unos meses más. Niños con buena salud, porque no los van a sacar de Etiopía, que están hechos un asco, con diez años tienen las visceras de un abuelo. No. Esta gente quiere calidad, niños sanos, colorados. Y lo malo es que ya no es como antes, que quien más quien menos tenía una docena. No sé si será por lo del semen, o el estrés o simplemente que se folla menos, que la gente está pensando en otras cosas.

MARTÍNEZ.— Ya vale.

JULIETA.— ¿Ya vale?

MARTÍNEZ.— Ya vale.

JULIETA.— Pues si ya vale me callo. Yo seguía porque como no decías nada...

MARTÍNEZ.— Ya vale.

JULIETA.— Bueno, ¿y cuánto vale?

(Pausa.)

JULIETA.—¿Cuánto vale la cosa?

MARTÍNEZ.—¿Qué cosa?

JULIETA:— Lo qué quiero comprar. Martínez Belinchón, no te hagas el loco, que tú no tienes un pelo de tonto.

ESCENA DUODÉCIMA

PIRULO.— Estoy hablando en serio.

ALBERT.— No lo dudo.

PIRULO.— No me lo pongas más difícil, Albert, te lo suplico. Vamos a hablar como personas adultas, las cartas sobre la mesa.

ALBERT.— Pobre Pirulo. O eres tonto o te lo haces.

PIRULO.—¿Digo tonterías?

ALBERT.— Tonterías de baba. Te diré cuándo las personas adultas ponen las cartas sobre la mesa: cuando ya no hay más que hablar. ¿Me entiendes? No las ponen para hablar, las ponen para no seguir hablando. *(Pausa.)* ¿Tú crees que ya está todo dicho? ¿Quieres que levantemos las cartas? *(Pausa.)* Bueno, pues adelante, levántalas tú. Venga, levántalas…

PIRULO.— Albert, te repito que vengo en buen plan. Me han pedido que lleguemos a un acuerdo.

ALBERT.— Y yo te voy a ser sincero porque me estás dando pena. Dile a tus amigos de Ceefeeme que han pinchado en hueso. ¿Entiendes? A ver, repítelo conmigo: que han pinchado en hueso.

PIRULO.— ¿No quieres negociar?

ALBERT.— Que no, hombre, que no. Que yo no tengo nada que ver, ¿cómo queréis que os lo diga? Que no puedo negociar nada, porque no tengo nada que ver.

PIRULO.— Todo esto me tiene asqueado.

ALBERT.— ¿Y crees que a mí no?

PIRULO.— Ño te equivoques, Albert, piénsatelo bien. Es mejor negociar y llegar a un acuerdo.

ALBERT.— ¿A qué acuerdo?

PIRULO.— ¿Estás dispuesto a negociar?

ALBERT.— Bueno, me has convencido. La verdad es que eres un pico de oro, qué capacidad de persuasión, está bien, me rindo... *(Pausa.)* O sea, las cartas sobre la mesa... bueno, pues... ¿qué tal cincuenta millones?

PIRULO.— ¿Cincuenta millones?

ALBERT.— ¿Te parece mucho? *(Pausa.)*

PIRULO.— Se podría hablar.

ALBERT.— Pues, mira, no, mejor mil. Me lo he pensado mejor y quiero mil…

PIRULO.— ¿Me estás vacilando?

Albert.— Sí, pero sin ganas, por seguirte la corriente. Porque me aburro, Pirulo, ¿qué quieres que te diga? Siento decepcionarte pero yo no tengo nada que ver en ese asunto.

PIRULO.— Estás jugando con fuego. Piensa bien lo que haces, no vayas a tener que arrepentirte.

ALBERT.— ¿Me estás amenazando? Pero, ¿tú qué te has creído? Yo, que no me he callado con Franco, ¿me va a callar la boca el pijo pera de Ovidio Cabello con su BMW metalizado? Desde luego, qué bajo has caído, Pirulo. Yo he leído tu libro, ¿cómo se llamaba?, *Democracia y Estado de Derecho,* ¿no?... Si me llegan a decir que un día voy a tenerte en mi despacho intentando sobornarme...

PIRULO.— Oye, yo no he sobornado a nadie en mi vida, y no te consiento…

ALBERT.— ¿Qué es lo que no consientes? ¡Si en cuanto te sentaste en el ministerio tragaste con todo lo que te echaron!

PIRULO.— Yo no tuve nada que ver en eso.

ALBERT.— No, claro que no. Ya lo sé. Te faltan redaños para una cosa así.

PIRULO.— En cuanto supe lo que estaba ocurriendo escribí una nota de protesta a la dirección.

ALBERT.— Pero seguiste en tu puesto, calentando la poltrona con tu culo gordo, y eso, aquí y en Lima, se llama consentir. Así que no me vengas con llamamientos a la pureza porque tienes las manos manchadas de sangre y no te la saca ni la manicura.

PIRULO.— Tú también consentiste, Albert, no seas injusto conmigo.

ALBERT.— También en eso te equivocas. Yo no consentí. Yo estaba de acuerdo. Me parecía bien.

PIRULO.— Entonces, ¿de qué protestas?

ALBERT.— De que lo hicierais mal. De que en vez de cargaros a los hijoputas de ETA, contratarais una pandilla de rufianes para que entraran en los bares disparararando a ciegas contra mujeres y niños, de eso protesto, de que unos chorizos de la policía se levantaran sabe Dios cuántos kilos y se los gastaran en putas y casinos con el cuento de defender a la patria, de que nos hayáis salpicado a todos de sangre y de mierda, inútiles. De eso protesto. Pero me callo, porque estoy en la política y sé cuándo y cómo tengo que hablar, y ahora no me toca.

PIRULO.— Si crees que arriba te van a apoyar, estás muy equivocado. Antes de que sigas desvariando quiero advertirte...

ALBERT.— No me adviertas de nada. ¿Sabes lo que te digo? No tienes ni idea de lo que está pasando, para variar. No te enteras de nada. Y no es la primera vez, gilipollas, ya lo sabes.

PIRULO.— ¿De qué estás hablando?

ALBERT.— ¿No sabes de qué estoy hablando?

PIRULO.— No, no sé de qué estás hablando. Pero sé que te voy a hacer picadillo, y...

ALBERT.— ¿Picadillo? Ay, por Dios, ¡guardias, guardias! que este hombrón me va a hacer picadillo... Ay, por Dios, que llamen a la Cruz Roja, a Protección Civil... Picadillo, dice, hasta en eso se nota que eres un cocinillas...

PIRULO.— Estás acabado, Costa, y si no te avienes a razones, te aplastaré como a una cucaracha.

ALBERT.— Hombre, eso ya está mejor. No es que sea muy original, pero es más viril. Te aplastaré como a una cucaracha, chafff, chafff, no está mal. Mira cómo tiemblo...

PIRULO.— Yo soy un hombre pacífico y no me gusta meterme en líos, pero la gente como tú no merece vivir. Voy a ir a por ti, Costa, voy a ir a por ti y te voy a echar a patadas del partido, y además con una mano delante y la otra detrás...

ALBERT.— La de detrás desde luego teniéndote a ti cerca, no creas que me voy a descuidar.

PIRULO.— Eres un hijo de perra.

ALBERT.— Yo no he hecho nada de lo que tenga que avergonzarme.
PIRULO.— Y me lo dices tú qué has estado haciendo pasillos como una rata a ver qué caía en Obras Públicas...
ALBERT.— Eso lo harán tus amigos de Ceefeeme que son unos buitres carroñeros.
PIRULO.— ¿Mis amigos? ¿Qué tengo yo que ver con Ceefeeme?
ALBERT.— ¿No estás aquí presionándome para cubrirles?
PIRULO.— Yo estoy aquí porque desde arriba me han pedido que haga de mediador para evitar un desastre que terminará comprometiendo el buen nombre del partido. Y me he visto metido en ello en contra de mi voluntad.
ALBERT.— Pobre Pirulo. Eternamente sacrificado en aras del buen nombre del partido.
PIRULO.— No me llames Pirulo.
ALBERT.— Cien años de honradez nos contemplan, Pirulín.
PIRULO.— Voy a acabar contigo.
ALBERT.— Corta el rollo, hombre, que te repites más que un diente de ajo.
PIRULO.— ¡Eres un cerdo sexista y un ordinario!
ALBERT.— ¡Chééé, no me escupas al hablar, gorrino, que me vas a contagiar el SIDA!
PIRULO.— ¡Aaahhhggghhh, te voy a sacar los ojos!
ALBERT.— ¡Quieto, cabrón, no me arañes, aaayyyy!

ESCENA DECIMOTERCERA

ALBERT.— Me la estoy jugando por ti.
JULIETA.— No puedo creer que Pirulo... ¿Cincuenta millones?
ALBERT.— Fue un tanteo. No le des más valor. Lo mismo podía haber dicho cien.
JULIETA.— No me cuadra. No, no me cuadra.
ALBERT.— ¿Qué es lo que no te cuadra? Hay muchos kilos en juego.
JULIETA.— Lo que no me cuadra es que tú no los hayas aceptado.
ALBERT.— Oye, yo no he tocado una sola peseta en mi vida.
JULIETA.— Menos lobos.
ALBERT.— En mi puta vida. Métetelo en la cabeza.
JULIETA.— No te alteres.
ALBERT.— ¿Que no me altere? Me he metido en este lío por ti, por hacerte un favor, pero no consiento que dudes de mi integridad.
JULIETA.— Pero, ¿de qué estás hablando?
ALBERT.— ¡Yo no he tocado un duro en mi vida!
JULIETA.— Está bien, está bien, no has tocado un duro en tu vida, y eres un gentleman, y has estudiado en los mejores colegios de Barcelona, y has hecho un master en Edimburgo, y lo que te salga de los cojones, hablando mal y pronto, pero eres un cerdo igual que yo. O más.

ALBERT.— Me estás ofendiendo, Julieta, y voy a tener que pedirte que salgas de mi despacho.
JULIETA.— ¿Ah, sí? ¿De verdad?
ALBERT.— *(Al interfono.)* Mersé, por favor, ¿puede venir un momento? '
JULIETA.— ¿Piensas hacer un menage a trois?
ALBERT.— Se acabaron las bromas.
JULIETA.—¡Ah!, ¿no estábamos hablando en serio?
ALBERT.— ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?
JULIETA.— ¿De verdad quieres que me vaya? Cuando entramos aquí pensé que lo que querías era otra cosa.
ALBERT.— ¿El qué?
JULIETA.— Hacerme un favor. Me lo imaginé al ver que echabas el pasador en la puerta.
ALBERT.— Es una conversación privada. Siempre echo el pasador a la puerta. *(Al interfono.)* Mersé... Sí, ya sé que está cerrada, déjelo, no se preocupe, ya abriré yo... No hace falta que venga...
(Pausa,.)
JULIETA.— Vas a conseguir conmoverme. Eres tan transparente... Está bien, retiro lo dicho. No eres un cerdo. Y no has tocado un duro en tu vida.
ALBERT.— Pero no te lo crees.
JULIETA.— No soy la única.
ALBERT.—¿Quién lo dice?
JULIETA.— ¿No te acaba de ofrecer Pirulo cincuenta millones? Por algo será.
ALBERT.— Por tu culpa. Esa maricona está convencida de que estoy en el negocio contigo.
JULIETA.— ¿Y tú no quieres estar en el negocio conmigo?
ALBERT.— Ya sabes qué negocio es el que a mí me interesa.
JULIETA.— Voy a creer que definitivamente eres un romántico.
ALBERT.— Por lo menos he dado la cara por ti. Y mira cómo me la han puesto.
JULIETA.— Desde luego, estás hecho un cromo.
ALBERT.— No veas qué uñas tiene esa loca. Cuando le arranqué el peluquín se puso frenética. La verdad es que me dio pena.
JULIETA.— Los hombres estáis como una chota. Pero te lo agradezco, de verdad.
ALBERT.— ¿De verdad?
JULIETA.— De verdad. No te enfades, anda.
(Pausa.)
ALBERT.— ¿Cenamos juntos?
JULIETA.— Para cenas estoy yo... Tengo las cervicales...
ALBERT.— ¿Quieres que te dé un masaje?
(Pausa.)
JULIETA.— Dentro de media hora viene Pedro a buscarme con el coche.

ALBERT.— Media hora... da mucho de sí. Mucho... Qué manos tienes...
JULIETA.— ¿Te gustan?
ALBERT.— Ya lo sabes.
JULIETA.— Tengo la manicura hecha polvo. A Pedro le ha dado por el jardín y me tiene todo el día haciendo hoyos.
ALBERT.— Pobrecita. Déjame que te las chupe... Hummmm...
JULIETA.— ¡Albert, por favor! Me vas a romper la camisa...
ALBERT.— Los descamisados no la necesitáis.
JULIETA.— Me iba a resfriar. Tienes el aire acondicionado muy fuerte.
ALBERT.— Enseguida entrarás en calor.
JULIETA.— Dime una cosa... ¿Qué crees que está pasando?
ALBERT.— Me temo que alguien por las alturas quiere hacerte la cama.
JULIETA.— *(Sonríe.)* Está visto que sólo piensas en eso.

ESCENA DECIMOCUARTA

PAQUITA.— Anda, ven, que te vas a enfriar.
MARTÍNEZ.— Ahora voy.
(Pausa.)
PAQUITA.— No te preocupes. Estás agotado. Es natural.
MARTÍNEZ.— Sí, la verdad es que es natural. Conociéndome sabía que tarde o temprano terminaría por pasar. ¿Cuánto tiempo llevamos juntos?
PAQUITA.— En el verano hará un año. No me digas que no te acuerdas...
MARTÍNEZ.— Me acuerdo. Claro que me acuerdo. ¿Cómo no me voy a acordar?
(Pausa.)
MARTÍNEZ.— ¿Estás segura de que Ovidio está en Murcia? ¿No será una trampa?
PAQUITA.— Ha ido a ver a su madre, ya te lo he dicho.
MARTÍNEZ.— Y si aparece de golpe y nos pilla aquí en paños menores, ¿qué le decimos?
PAQUITA.— Ya se nos ocurrirá algo. Anda, vamos al sofá.
MARTÍNEZ.— Vete tú. Yo iré ahora.
PAQUITA.— ¿Qué vas a hacer?
MARTÍNEZ.— Voy a llamar por teléfono.
PAQUITA.— ¿Por qué no llamas desde mi mesa?
MARTÍNEZ.— Es sólo un minuto.
PAQUITA.— ¿A quién vas a llamar? ¿A tu mujer?
MARTÍNEZ.— A quien me dé la gana. ¿No puedo tener un momento de intimidad?
PAQUITA.— Pero, ¿qué te pasa? *(Pausa.)* Anda, vamos a intentarlo otra vez...
MARTÍNEZ.— Estáte quieta. Que te estés quieta. ¡Que te estés quieta, coño!
PAQUITA.— ¿Por qué me gritas?

MARTÍNEZ.— Perdona.
PAQUITA.— Es la primera vez que me gritas.
MARTÍNEZ.— Lo siento, de verdad.
PAQUITA.— A mí no me grita nadie, ¿te enteras?
MARTÍNEZ.— Me entero. Me entero. Está bien. Y ahora, ¿quieres dejarme hablar por teléfono?
PAQUITA.— ¿Es algo secreto?
MARTÍNEZ.— Es secreto, sí;
PAQUITA.— Pero somos socios.
MARTÍNEZ.— Somos socios en lo que somos socios.
PAQUITA.— Y somos novios.
MARTÍNEZ.— Si lo quieres llamar así...
PAQUITA.— ¿Cómo lo llamas tú?
MARTÍNEZ.— Estoy casado, Paquita.
PAQUITA.—¿Vas a llamar a tu mujer?
MARTÍNEZ.— ¿Te importa esperarme en el tresillo? Yo iré enseguida, te lo prometo. ¿Por qué no haces un café?
PAQUITA.— Porque no soy tu secretaria.
MARTÍNEZ.— Pues claro que no. *(Pausa.)* Está bien, yo lo haré ahora.
PAQUITA.— ¿Solo o con leche?
MARTÍNEZ.— Cortado.
PAQUITA.— Debí suponerlo.
(Sale. Suena el teléfono sobre las piernas de Martínez, que se asusta y descuelga el auricular mecánicamente.)
MARTÍNEZ.—¡Eh! ¡Ah!
(Martínez contempla paralizado él auricular. Entra Paquita y le 'arrebata el aparato.)
PAQUITA.— ¿Diga?
MARTÍNEZ.—¿Es él?
PAQUITA.— No, el señor Cabello no está... Ah, es usted... Está en Murcia, en casa de su madre... No se preocupe, se lo diré en cuanto llegue... Adiós... *(Cuelga.)* ¿Estás asustado?
MARTÍNEZ.— ¿Yo? No, no…
Paquita.—Te estás desinflando...
MARTÍNEZ.— He tenido un día malo. Vuelve al sofá. Es sólo un minuto.
PAQUITA.— ¿Has vuelto a beber?
MARTÍNEZ.— No. Te juro que no. Es sólo que estoy agobiado…
PAQUITA.— Agobiado.
MARTÍNEZ.— Angustiado. Preocupado.
PAQUITA.— ¿Por qué?
MARTÍNEZ.— ¿Cómo qué por qué? Por ciento veinte millones de pesetas que están ahí, que siento que los estoy tocando con la yema de los dedos, y que no terminan de caer. Pero caerán, no te preocupes.
(*Pausa.)*

MARTÍNEZ.— ¿Crees que estoy asustado?
PAQUITA.— Yo lo estoy.
MARTÍNEZ.—¿Por qué?
PAQUITA.— Es mucho dinero.
MARTÍNEZ.— ¿Quieres que bajemos la petición?
PAQUITA.— No. Si vamos adelante, ese cabrón tiene que pagar hasta el último céntimo.
MARTÍNEZ.— ¿Hay algo personal entre vosotros?
PAQUITA.— Es un cerdo.
MARTÍNEZ.— Me has dicho que no te ha tocado ni un pelo.
PAQUITA.— Porque no me he dejado.
MARTÍNEZ.— Bueno, si te hubieras dejado, tampoco podríamos reprochárselo. Un hombre mayor, una chavala tan guapa como tú... El canto del cisne.
PAQUITA.— Pero si tiene tu edad...
MARTÍNEZ.— Sí, lo sé…
PAQUITA.— Ricky, no me falles ahora. Ricky, por favor, no lo eches todo a perder... *(Pausa.)*
MARTÍNEZ.— Es la huella.
PAQUITA.—¿La huella?
MARTÍNEZ.— En la piel, en los ojos, en la mirada... La huella de los mansos. De los pobres de espíritu. Bienaventurados, porque ellos poseerán la tierra, dijo el profeta. Debía estar también en campaña electoral. Puedo prometer y prometo que poseeréis la tierra, y si no es en esta legislatura, será en la próxima; ¡por éstas!
PAQUITA.—¿Qué te pasa?
MARTÍNEZ.— Pero no tengas miedo. No pueden hacernos nada. No les interesa. Les tenemos agarrados por donde más duele.
PAQUITA.— No hay que apretar.
MARTÍNEZ.— No. No va a hacer falta.
PAQUITA.— ¿Tú crees?
MARTÍNEZ.— Estoy seguro.
PAQUITA.— Y esa huella, ¿de qué es?
MARTÍNEZ.— De vergüenza.
PAQUITA.— ¿Yo también la tengo?
MARTÍNEZ.— No. Tú no. Tú eres inocente.
PAQUITA.— Yo voy contigo hasta el final. He sido yo la que te ha metido en esto. Pero si quieres que lo dejemos... ¿Quieres que lo dejemos? *(Suena el teléfono. Paquita lo coge.)*
PAQUITA.— ¿Diga?... Sí, un momento... Es tu mujer. ¿Cómo sabe que estás aquí? *(Suena el telefono.)*
MARTÍNEZ.— ¿Dónde te metes? Llevo llamando toda la tarde y no hay nadie en casa. ¿El cumpleaños de Vanessa?... Pero, ¿quién coño es Vanessa? Ah, sí, la de las trencitas, la hija del gilipollas ese que es crítico

de arte, sí... ¿Me lo dijiste? ¿Seguro? Bueno, si tú dices que me lo dijiste, yo la verdad es que tengo la cabeza... Entonces, ¿los niños están bien?... ¿No les ha pasado nada? No, a mí tampoco, ¿qué me va a pasar? No sé por qué te extraña que me ocupe de ellos...

ESCENA DECIMOQUINTA

OVIDIO.— Todos los seres crecen agitadamente,
pero luego, cada uno vuelve a su raíz.
Ojo, que esto es importante...
Volver a su raíz es hallar el reposo.
¿Entiendes?
Volver a su raíz es hallar el reposo.
Reposar es volver a su destino.
Volver a su destino es conocer la eternidad.
Conocer la eternidad es ser iluminado.
¿No es acojonante?
MARTÍNEZ.— Mucho, muchísimo. Apasionante.
OVIDIO.— Espera, que hay más...
Quien no conoce la eternidad
camina ciertamente a su desgracia.
Quien conoce la eternidad
da cabida a todos.
Quien da cabida a todos es grandioso.
Quien es grandioso es celestial.
Quien es celestial es como el Tao.
MARTÍNEZ.— Como el Tao.
OVIDIO.— Como el Tao.
Quien es como el Tao es perdurable.
Aunque su vida se extinga, no perece.
(Pausa.)
MARTÍNEZ.— ¿Qué te has metido?
OVIDIO.— El viejo Lao-Tsé. Hacía años que no lo leía. Desde la universidad. La otra noche, ya ves, no podía pegar ojo. A las cinco de la mañana estaba asomado al balcón, sudando por todos los poros. Sin nada encima. Desnudo como los hijos de la mar.
MARTÍNEZ.— Escuchando la primera de Mahler, no me digas más.
OVIDIO.— Escuchando el silencio. El sonido del silencio.
MARTÍNEZ.— Simon y Garfunkel.
OVIDIO.— Sintiéndome una mierda. Abandonado por todos mis amigos. En medio de la noche, desnudo como un pino, con los brazos abiertos...
MARTÍNEZ.— Para haber cogido una pulmonía...
OVIDIO.— De pronto, abajo, a mis pies, la ciudad se despierta. El sol trata de abrirse paso entre una nube de mierda, de contaminación, los autobuses

avanzan como grandes galápagos, los hombres salen de sus madrigueras, y yo, insomne, de pronto me escucho decir: "favor y desgracia inquietan por igual". Y, ¿sabes qué? Por primera vez lo comprendí. Lo había llevado escrito durante años en la cartera. Una máxima del Tao que me regaló Mabel.

MARTÍNEZ.— Dile a tu secretaria que nos haga un café.

OVIDIO.— Díselo tú, que te hará más caso. ¿Te acuerdas de Mabel? Y pensé: si ella me viera ahora me pondría rojo de vergüenza. Y busqué en la biblioteca, entre los libros viejos que me había dejado en casa de mi madre, y, es como un milagro, allí estaba: el libro del Tao, lleno de polvo.

MARTÍNEZ.— Y ahora del rincón en el ángulo oscuro. *(Al interfono.)* Paquita, por favor, ¿le importaría hacernos café? Cargadito, si no le importa.

OVIDIO.— Alcanza la total vacuidad para conservar la paz.

MARTÍNEZ.— Ya basta, Ovidio, no sigas con el numerito, que no cuela.

OVIDIO.— Y entonces lo encontré. Mira, lo tengo subrayado...

Quien se enorgullece de sus riquezas
está labrando su propia desgracia.

Soy yo, ¿comprendes? Y mira lo que aconseja el Maestro. Escucha…

Retirarse de la obra acabada,
del renombre conseguido,
esa es la ley del cielo.

(Pausa.)

Me retiro, Ricky. He comprendido y me retiro.

MARTÍNEZ.— Celebro que entres en razón.

OVIDIO.— Renuncio a Satanás, a sus pompas y vanidades.

MARTÍNEZ.— ¿Vas a pagar? *(Pausa.)* ¿Vas a pagar o no?

(Entra Paquita con el café en una bandeja.)

OVIDIO.— Muchas gracias, cielo. Déjalo ahí.

PAQUITA.— Señor Cabello, ¿qué es esto?

MARTÍNEZ.— Tu finiquito. Luego hablamos.

PAQUITA.— ¿Cómo que mi finiquito?

OVIDIO.— La empresa se cierra. Agradéceselo a este señor. Por cierto, ¿os he presentado? Ahora que vas a ser rico, a lo mejor necesitas una secretaria. Paquita es de absoluta confianza. Buena presencia; taquimeca, conocimientos de informática… Piénsatelo.

MARTÍNEZ.— Te estás quedando conmigo.

PAQUITA.— Se está quedando con los dos.

OVIDIO.— De eso hada. Con vosotros no me quedo ni regalados.

MARTÍNEZ.—¿Qué ha pasado?

OVIDIO.— Nada. Nunca pasa nada. Lo parece, pero no pasa.

MARTÍNEZ.— ¿Y si te doy una patada en los cojones tampoco pasa nada?

OVIDIO.— Pasa. Pasa que me das una patada en los cojones. Y luego se

pasa, ¿y qué pasa? Nada; No pasa nada. Que me has dado uña patada en los cojones.
PAQUITA.— Está loco;
MARTÍNEZ.— Lleva una tajada de campeonato. ¿Qué ha bebido?
PAQUITA.— Desde que estoy yo aquí...
OVIDIO.— Me retiro. He visto la luz y me retiró. Tres cojones me importa el mundo y su circunstancia.
MARTÍNEZ.— Tú verás lo que haces, pero ahora mismo me voy al juzgado y vas a ver cómo te iluminas. Seé te quita la tontería en un instante.
OVIDIO.— No hace falta. Yo mismo he preparado un dossier que voy a entregar a *El Mundo.* Me he dicho: ya que voy a salir en los papeles, por lo menos dar mi versión, y que tengan unas fotos que salga favorecido. Luego las van a ver mis hijos, los amigos y te sacan con una facha que da miedo. ¿No es una buena idea?
MARTÍNEZ.— ¿Y la empresa?
OVIDIO.— Ya lo ves. Ahí está el finiquito. La empresa somos ésta, yo y el ordenador. Para hacer negocios en España no se necesita más. El ordenador si quieres puedes quedártelo. Es un 286, pero todavía le puedes sacar partido. Te lo regalo. Al fin y al cabo, estoy en deuda contigo. Sin tu intervención, aún seguiría atrapado en la ratonera.
PAQUITA.— Está bromeando.
OVIDIO.— Favor y desgracia inquietan por igual.
PAQUITA.— Está mal de la cabeza.
OVIDIO.— La que está mal de la cabeza eres tú. Verás cuando se lo cuente a tu hermana.
PAQUITA.— ¿Que le cuentes el qué? Yo soy la que le podría contar muchas cosas.
OVIDIO.— Entre nosotros no ha pasado nada.
PAQUITA.— Porque yo no he querido.
OVIDIO.— Porque eres una estrecha. Pero ya ves, te ha salido el tiro por la culata. Os ha salido a los dos. Mira al hombre íntegro, al insobornable, qué cara se le ha quedado. Venga, hombre, anímate un poco. Sírvele una copa, Paquita. Del bueno.
PAQUITA.— Que se la sirva tu puta madre.
MARTÍNEZ.— No puedes hacerme eso.
OVIDIO.— ¿El qué?
MARTÍNEZ.— Me estoy jugando mucho, Ovidio, no me jodas.
OVIDIO.— No siempre se gana, ya lo sabes. Además, se te pasará enseguida. Tú eres un perdedor, Richi. Tienes que estar acostumbrado.
MARTÍNEZ.— No es el dinero, Ovidio, son mis hijos. Como le ocurra algo a mis hijos, te rajo, ¿me oyes? ¡Te rajo!
OVIDIO.— Pero, bueno, ¿qué te pasa? Tranquilízate, chico, que no es para tanto...
MARTÍNEZ.— ¡Te meto un palo por el culo y te lo saco por la boca!

PAQUITA.— Cálmate, Richi, no va a pasar nada...
MARTÍNEZ.— ¿No va a pasar nada? ¿Y si pasa?
PAQUITA.— No se atreverán...
MARTÍNEZ.— ¿Y si se atreven?
OVIDIO.— No he dicho nada para que te pongas así... Y deja ese pisapapeles en su sitio, que vale una pasta... Es de oro. Además tiene un valor sentimental. Me lo regaló el gobierno iraquí antes de la balasera.
PAQUITA.— ¿Te puedes callar un momento?
MARTÍNEZ.— ¡Dios mío, Dios mío!
PAQUITA.— Cálmate, por favor...
OVIDIO.— Pero, ¿yo qué he hecho?
PAQUITA.— Nada. Que eres gilipollas. Eso es todo.
OVIDIO.— ¿Y por eso se pone así?
MARTÍNEZ.— Ovidio, por favor, no se te ocurra publicar esos papeles.
PAQUITA.— Pero, ¿cómo los va a publicar? ¿No ves que es un farol?
OVIDIO.— No es un farol.
MARTÍNEZ.— Te lo suplico.
PAQUITA.— Si publicas esos papeles, estás acabado.
OVIDIO.— Me es igual. Estoy iluminado, Paquita. He tenido un satori. He visto la luz. Y me voy a Sao Paulo. A vivir.
PAQUITA.— ¿Y mi hermana?
OVIDIO.— Ella verá lo que hace. Y tú también, si quieres, puedes venir. Ya ves que no soy rencoroso.
MARTÍNEZ.— Ovidio, escúchame, que soy capaz de hacer una locura.
OVIDIO.— Suéltame, coño, pero,,,¿qué haces? Me has roto la chaqueta...
PAQUITA.— Suéltale, por favor... Te has vuelto.loco...
MARTÍNEZ.— Con mis hijos, no, Ovidio... Mis hijos no tienen nada que ver con esta mierda...
OVIDIO.— ¿Y a mí qué pollas me importan tus hijos? Serán unos desgraciados, como tú... ¡Ayyy, ayyy, ayyy, está bien, está bien, negociemos!... ¿Qué es lo que quieres?
MARTÍNEZ.— Si a mis hijos les pasa algo te mato, ¿me has oído? ¡Te mato!

ESCENA DECIMOSEXTA

ALBERT.— No lo entiendo. De verdad, no lo entiendo.
PAQUITA.— Con esto en sus manos le puede destruir.
ALBERT.— Desde luego. Pero no lo entiendo.
PAQUITA.— ¿Qué es lo que no está claro?
ALBERT.— Estar está clarísimo. Pero, ¿por qué me lo entregas a mí?
PAQUITA.— Eso es asunto mío.
ALBERT.— Pues no lo entiendo. ¿Qué ganas tú en todo esto?
PAQUITA.— Eso es cosa mía.
ALBERT.— Esto puede valer mucho dinero.

PAQUITA.— No quiero dinero.
ALBERT.— ¿No? ¿Y por qué?
PAQUITA.— Yo nunca quise dinero. Fue idea suya.
ALBERTO— ¿De Ovidio?
PAQUITA.— ¿De Ovidio? No. ¿Cómo va a ser idea de Ovidio?
ALBERT.— ¿De quién, entonces?
PAQUITA.— De nadie. No se lo puedo decir.
ALBERT.— Vamos, deja de llorar. Toma, límpiate la nariz.
PAQUITA.— Gracias.
(Pausa.)
ALBERT.— Fue idea de Richi. ¿A que sí?
PAQUITA.— No sé de qué me habla.
ALBERT.— De Ricardo Martínez Belinchón. No me lo niegues. Y no llores, por favor, no soporto ver a nadie llorar.
PAQUITA.— Es antiestético, ¿verdad?
ALBERT.— Sí. Y además es inútil. ¿Para qué sirve llorar?
PAQUITA.— Tiene razón.
ALBERT.— Así está mejor. Con esos ojos tan bonitos que tienes…
PAQUITA.— Gracias.
ALBERT.— Hay que ser idiota.
PAQUITA.— ¿Yo?
ALBERT.— Tu amigo. Richi. Hay que ser idiota.
PAQUITA.— Es un egoísta.
ALBERT.—¿Lo es?
PAQUITA.— Me ha utilizado como... como un kleenex. ¿Puede darme otro?
ALBERT.— Toma. ¿Te vas a poner a llorar otra vez?
PAQUITA.— Perdone... Es que me vienen los recuerdos y... No puedo... Con todo lo que yo he hecho por él...
ALBERT.— ¿Pero qué has visto en ese gilipollas?
PAQUITA.— Yo creí que era... otra cosa...
ALBERT.— ¿El qué?
PAQUITA.— Que era bueno.
ALBERT.— ¿Quieres decir en la cama?
PAQUITA.— No. En la cama tampoco era bueno.
ALBERT.— Menuda joya. ¿Entonces, por qué te enrollaste con él?
PAQUITA.— No sé,... me pareció distinto, diferente.
ALBERT.— Diferente.
PAQUITA.— Estaba con mi hermana en una fiesta y nos pusimos a hablar... Y yo estoy acostumbrada a que los hombres enseguida me digan cosas...
ALBERT.— No me extraña.
PAQUITA.— Proposiciones. Pero él no me decía nada.
ALBERT.—¿Y?
PAQUITA.— Pues eso.
ALBERT.— Pero algo te diría... No se estaría tres horas sin hablar.

PAQUITA.— ¿Tres horas?
ALBERT.— Las que fueran.
PAQUITA.— Hablamos, claro que hablamos. ¿Puedo coger otro kleenex? Ojalá no hubiéramos hablado.
ALBERT.— Ya veo, ya... Bueno, y ahora, ¿qué piensas hacer?
PAQUITA.—¿Ahora?
ALBERT.— Esto es una bomba. Si estalla, Ovidio va a saltar por los aires. Y tú te quedarás sin trabajo.
PAQUITA.— Sí... No me importa.
ALBERT.— Pero, mujer, ¿cómo no te va a importar? Con la crisis que hay, no va a ser fácil que encuentres otro.
PAQUITA.— Ya me las arreglaré.
ALBERT.— No sé... Estaba pensando... ¿Tú tienes carné?
PAQUITA.—¿De conducir?
ALBERT.— No, mujer... Del partido.
PAQUITA.— Ah, no. Del partido no. ¿Por qué?
ALBERT.— Bueno, tampoco es que importe demasiado... Quizá podamos arreglarlo.
PAQUITA.— ¿El qué?
ALBERT.— Para que puedas quedarte aquí. Por ejemplo, para sustituir a tu amigo Richi, ¿qué te parece?
PAQUITA.— ¿Le van a echar?
ALBERT.— ¿Te parece mal?
(Pausa.)
PAQUITA.— No. Que se joda.
ALBERT.— Y cuando se entere de que estás tú en su lugar... Será divertido, ¿eh?
Paquita.—Sí...
ALBERT.— ¿Sabes idiomas?
PAQUITA.— Inglés bastante bien.
ALBERT.— ¿Escrito también?
PAQUITA.— Me defiendo.
ALBERT.— ¿Y cómo andas de informática?
PAQUITA.— Bien. He estudiado un poco.
ALBERT.— Bueno. Algo me dice que tienes un gran porvenir en esta Casa.
PAQUITA.— Pero no va a ser posible.
ALBERT.— ¿No?
PAQUITA.— Me voy fuera una temporada.
ALBERT.— ¿Al extranjero?
Paquita.—: A Londres. Quiero aprender inglés bien.
ALBERT.— Lástima. De todas formas, voy a darte mi tarjeta, quién sabe... Si un día necesitas algo...

ESCENA DECIMOSÉPTIMA

ALBERT.— ¿Contenta?
JULIETA.— Según.
ALBERT.— ¿Cuál es el problema?
JULIETA.— ¿Por qué me has hecho esto?
ALBERT.— Yo no te he hecho nada.
JULIETA.— ¿No? ¿Te parece poco tenerme tres semanas majareta?
ALBERT.— La cosa no iba contigo. Yo sólo quería la cabeza de Ovidio Cabello.
JULIETA.— Pues ya la tienes. La broma me va a costar un montón de kilos.
ALBERT.— No será para tanto.
JULIETA.— He llegado a un acuerdo con la dirección.
ALBERT.— ¿Ah, sí?
JULIETA.— Cuando se está con el agua al cuello...
ALBERT.— ¿Con quién has hablado?
JULIETA.— Con Pirulo.
ALBERT.— ¿Cuánto tienes que poner?
JULIETA.— Trescientos.
ALBERT.— Pero no los pondrás tú sola...
JULIETA.— El golfo de Ovidio no quiere pagar. Hace tres días que intento ponerme en contacto con él y no hay manera. Se lo ha tragado la tierra.
ALBERT.— ¿Y tú tienes que responder de su parte?
JULIETA.— Si él no paga...
ALBERT.— Responsabilidad subsidiaria.
JULIETA.— A ver.
ALBERT.— Bueno. Son los gajes del oficio, ¿no?
JULIETA.— ¿No podrías echarme una mano?
ALBERT.— ¿Yo? Ni lo sueñes. Conmigo no te hubiera salido tan barato. *(Pausa.)*
JULIETA.— Entonces, ¿por qué me has ayudado?
ALBERT.— Porque da igual. Si no eres tú, será otro. Es una batalla perdida. Una persona que en su vida ha tenido un duro se sienta en un despacho y ve desfilar un montón de gente poniéndole un sobre encima de la mesa. Sin papeles, sin testigos, no tiene más que estirar la mano y cogerlo... ¿Cuántas veces será capaz de decir no? Y además, ¿por qué iba a hacerlo si todo el mundo baja el hocico? Es una cuestión de tiempo.
JULIETA.— Pero no ha sido así!
ALBERT.— ¿No?
JULIETA.— Nadie me ha regalado nada; Son las reglas del juego! ¿O es que los de abajo no tenemos derecho a llevarnos lo nuestro?... Nuestro legítimo beneficio, Albert, que es lo que mueve al mundo... ¿O no has visto lo que pasa con el comunismo?... Por cierto, ahora que voy a romper con el impresentable de Cabello, no sé, estoy pensando que necesito un socio... ¿Por qué no unimos fuerzas?

ALBERT.— Tú y yo juntos, como en los viejos tiempos...
JULIETA.— Como éri los viejos tiempos, no. Ahora soy tvcía iruajér casada.
(Pausa.)
ALBERT.— Me lo pensaré. Tal vez no sea mala idea.
JULIETA.— Piénsatelo. Ahora parece que se empieza a mover otra vez la cósá.
ALBERT.— Pero antes tenemos que acabar este negocio.
JULIETA.— ¿Qué quieres decir?
ALBERT.— Que las cosas tienen un precio. Son las leyes del mercado, querida. Y todavía no hemos llegado a un acuerdo, que yo sepa. *(Pausa.)* ¿Llegamos a un acuerdo? *(Pausa.)* Eso está bien. A ver si hay manera de que podamos terminar con este asunto. *(Al interfono.)* Por favor, Mersé, que no me moleste nadie. Estoy reunido.
JULIETA.— Albert...
ALBERT.— Tranquila. ¿No has llegado a un acuerdo con Pirulo? Pues conmigo te tiene que resultar más fácil.
JULIETA.— Por favor, Albert... Me vas a arrugar la blusa.
ALBERT.— Pues que se arrugue.
JULIETA.— Me ha costado treinta y cinco mil pesetas. Y eso que estaba de rebajas.
ALBERT.— Bueno, pues quítatela.
JULIETA.— Albert... Te voy a defraudar...
ALBERT;— ¿Por qué?
JULIETA.— Tengo las piernas llenas de varices...
(Pausa.)
ALBERT.— Déjate las medias.
JULIETA.— Y se me ha caído el pecho. Me halaga tu interés, pero ya no soy la de antes. Siete años...
ALBERT.— ¿Sabes lo que me ha pasado a mí? Se me ha secado un huevo.
JULIETA.— ¿Un huevo?
ALBERT.— Antes lo tenía como una patata y ahora como una aceituna. Pero, aún así, todavía funciono, no te preocupes. Son cosas de la vida, Julieta. Uno quisiera que fueran de otra manera, pero las tomas o las dejas... Qué le vamos a hacer.
JULIETA.— Albert, por favor, te lo suplico... ¡Esto es ridículo!
ALBERT.— Anda, venga, acabemos de una vez. Ponte de rodillas...
JULIETA.— ¿De rodillas?
ALBERT.— En la alfombra. Toma, quítate el pintalabios.

ESCENA DECIMOCTAVA

PIRULO.— No le des más importancia. ¿Te acuerdas en las películas cuando había una tormenta y el barco iba de un lado para otro, y las olas se llevaban a los marineros por la borda, y el protagonista amarraba a la

chica a un mástil, y luego se amarraba él y todo parecía que iba a terminar fatal y la banda sonora subía a tope y venga vientos y venga crescendo y luego, de pronto, ¡zas!, se veía un plano todo azul, la mar quieta, una música suave, y es que ya había pasado la tempestad, y venía la calma? Bueno, pues ahora ya ha pasado todo, y no debes darle mayor importancia. La película continúa.

MARTÍNEZ.— Pero mi mujer me ha echado de casa.

PIRULO.— Normal. No era para menos. Pero te volverá a recibir, ya lo verás. En cuanto pongas una cara convincente de arrepentimiento. Y no te será difícil. ¿No estás arrepentido?

MARTÍNEZ.— He hecho el ridículo.

PIRULO.— No te lo tomes así. Es que has apuntado demasiado alto. Pero ha sido divertido, ¿no?

MARTÍNEZ.— Sí, mucho.

PIRULO.— No seas cenizo, hombre, mira el lado jocoso del asunto.

MARTÍNEZ.— ¿Tiene un lado jocoso?

PIRULO.— Es la crisis de los cuarenta. A todo el mundo le pasa. Y la tuya ha sido de lo más original, cuando lo cuentes, la gente se partirá de risa.

MARTÍNEZ.— Te ríes de mí.

PIRULO.— Pero con cariño. Me río porque te quiero. ¿Cómo era aquel poema de Bertold Brecht? Dice: tengo un ídolo japonés en mi casa y no sé qué, y cuando miro la vena hinchada de su frente comprendo el esfuerzo que cuesta ser malo *(Pausa.).* Tú eres bueno, Richi, y la vena no se te hincha fácilmente. Ahora sabes el esfuerzo que cuesta ser malo. Y no vale cualquiera. Por eso está tan bien pagado.

MARTÍNEZ.— Pásame la botella. ¿Puedo llamar por teléfono?

PIRULO.— ¿Vas a llamar a tu mujer? No te precipites.

MARTÍNEZ.— Quiero saber cómo están los niños.

PIRULO.— Durmiendo, ¿cómo van a estar? La hora que es... Tómatelo con calma. La expiación debe ser proporcional al crimen. Si tu mujer te perdona demasiado pronto quitarás importancia a tus actos, todo quedará reducido a una gilipollez más de un largo debe... Un poco de grandeza, Richi...

MARTÍNEZ.— ¿La tiene?

PIRULO.— Yo creo que sí. Pocos se hubieran atrevido a hacer lo que tú has hecho.

MARTÍNEZ.— Pero he fracasado.

PIRULO.— ¿Y qué importa? Has aprendido cosas, ¿no? Eso es lo que cuenta. Crecer, madurar, comprender lo que es importante y lo que no... Conocer, Richi. Conocerse a sí mismo.

MARTÍNEZ.— Conocer a un gilipollas.

PIRULO.— Conocer la verdad. Y asombrarse, como los antiguos griegos.

MARTÍNEZ.— No me jodas, Pirulo.

PIRULO.— La gente como tú es la que salva al mundo.

MARTÍNEZ.— Bienaventurados los pobres de espíritu. Muchas gracias.
PIRULO.— Te estoy hablando en serio. La acción individual es inútil. Los mansos no se salvarán así. Necesitan la unión, la solidaridad, la honradez, el interés colectivo, la esperanza.
MARTÍNEZ.— ¿Me estás tomando el pelo?
PIRULO.— Piénsalo.
MARTÍNEZ.— Todo eso son mentiras.
PIRULO.— ¿La ilusión es mentira? Entonces, ¿el arte también es mentira? ¿Y el amor? Todas las cosas que hacen la vida agradable, ¿son mentira? ¿Qué queda entonces? ¿El sálvese quien pueda? ¿El yo a lo mío y los demás coman mierda? Piénsalo. Piénsalo, Richi.
MARTÍNEZ.— No me cuentes más rollos, Pirulo.
PIRULO.— Piénsalo.
MARTÍNEZ.— No hay nada que pensar.
PIRULO.— Te equivocas. Está todo por pensar, todo. No hemos pensado nada a derechas en la izquierda. ¿A derechas en la izquierda? Joder, qué lapsus. ¿Se ha acabado el whisky?
MARTÍNEZ.— Queda un trago.
PIRULO.— Tranquilo. Tengo otra. Lo que quiero decir es que no te precipites. Que no ha pasado nada.
MARTÍNEZ.— Para mí ha sido un terremoto. Los últimos días de Pompeya.
PIRULO.— Qué bonita película. Con toda aquella lava cayendo encima de la figuración.
MARTÍNEZ.— Como sigas bebiendo la vas a agarrar. Lo mismo mañana te da por decir la verdad y te buscas la ruina. Ya sabes que el alcohol es muy traicionero.
PIRULO.— No hay peligro. *(Pausa.)* En serio, Richi, no te lo tomes así. Ya sé que te has quedado sin dinero, sin trabajo, sin mujer, sin novia... Pero dinero no has tenido nunca. Tu mujer sigue ahí. Y tus hijos. Las novias no deben durar mucho, porque pierden toda la gracia. Y trabajo no te va a faltar. Es lo que te estoy diciendo: te vienes conmigo al grupo parlamentario. Necesitamos gente de confianza.
MARTÍNEZ.— No me jodas, Pirulo...
PIRULO.— Tú eres honrado. Te conozco y sé que eres honrado. Y ahora más aún, porque lo que sí has perdido es la inocencia.
MARTÍNEZ.— Soy un chorizo como cualquier otro hijo de vecino.
PIRULO.— Eres un ser humano, si es eso a lo que te refieres. Y no me parece mal que te des cuenta de tus limitaciones. Por eso nosotros creemos en las instituciones. Porque de los hombres no hay que fiarse un pelo.
MARTÍNEZ.— Pero, ¿no acabas de decir que crees en mí? ¿En qué quedamos?
PIRULO.— No lo hago por ti. Lo hago por nuestra amistad. Y la amistad en cierto modo es una institución.
MARTÍNEZ.— ¿Te acuerdas de mi hermano?

PIRULO.— Todos los días. ¿Cómo no me voy a acordar?

MARTÍNEZ.— La persona más inteligente que he conocido en mi vida. Y la más generosa también. ¿O no?

PIRULO.— Y guapo. Pero ya no tiene remedio.

MARTÍNEZ.— Honrado como pocos. Y nunca mejor dicho.

PIRULO.— Honrado, sí. Un gran tipo. Pero así es la vida.

MARTÍNEZ.— Exactamente. Así es. Le empiezan a dar mareos, y cuando le quieren operar ya es demasiado tarde. El cáncer se le había extendido por todo el cuerpo. No se le notaba, pero la procesión iba por dentro. ¿Y sabes por qué? Porque no se lo arrancaron a tiempo.

PIRULO.— Lo sé, Richi, no te hagas mala sangre.

MARTÍNEZ.— Un tío como un roble, que parecía que iba a comerse el mundo... Pero se confió, ¿comprendes? Bajó la guardia y se la metieron hasta la empuñadura... Porque el cáncer no perdona, no se le pueden dar ventajas, Pirulo. ¡Hay que extirparlo! ¡De cuajo! ¡Hay que arrancarlo sin compasión, con nuestras propias uñas! ¡Y si es tu amigo al carajo tu amigo! ¡Y si es tu hermano, al carajo tu hermano! ¡Y si eres tú, Pirulo, tú mismo, ¿comprendes?, tú mismo tienes que volverte la cara del revés y extirparte como una mierda!

PIRULO.— Joder, Manrique, estás espeso esta noche. Anda, liba un poco a ver si se te levanta el ánima. *(Pausa. Martínez bebe tanto que Pirulo tiene que quitarle la botella.).* O sea, que te sientes culpable y quieres flagelarte.

MARTÍNEZ.— No es eso.

PIRULO.— Ya me dirás...

MARTÍNEZ.— ¿El qué?

PIRULO.— Razones...

MARTÍNEZ.— No hacen falta razones. Llega un momento en que uno sabe que las cosas no son aceptables. Y, cuando se pone a pensarlo, se da cuenta de que la única razón para decidirse es esa: que ya se ha decidido. Y no es mala razón, todo lo contrario. Es la única que corresponde de verdad a nuestros sentimientos. Cualquier otra nos haría infelices.

PIRULO.— ¿Qué es eso? ¿Sartre?

MARTÍNEZ.— Peor todavía. Bergson.

PIRULO.— Joder, el túnel del tiempo... Pura exaltación romántica. De ahí a las barricadas no hay más que un paso. Así no se gobierna un país.

MARTÍNEZ.— ¿Y qué propones tú?

PIRULO.— No sé, Augusto Comte, la tradición positivista...

MARTÍNEZ.— Popper, claro.

PIRULO.— Claro. Aron también.

MARTÍNEZ.— ¿Aron también? ¿Dónde vas, Pirulo? ¿Me vas a salir con la mano invisible?

PIRULO.— A la mano invisible se le ve demasiado el plumero. No tienes más que enchufar el telediario. Mira cómo la mano invisible le aprieta el

gaznate a los niños de Etiopía. Y cómo reparte machetazos en Ruanda y Burundi. Y cómo trafica con armas en Bosnia, con heroína en Thailandia y con dinero negro en el Vaticano. Y después de haber hecho el trabajo sucio, la mano invisible aparece en el consejo de administración de las grandes empresas para lustrarle el calzado a los señores... Esa mano invisible había que cortarla... Pero con la mente fría...

MARTÍNEZ.— ¿Qué dices? Si tú estás ardiendo...

PIRULO.— Pues mal hecho. Menos corazón y más cerebro. Ilustración frente a la exaltación. Porque éste es un país de bocazas. El mismo tipo que roba en el peso o que defrauda a Hacienda, pone el grito en el cielo exigiendo honradez. La ajena, claro.

MARTÍNEZ.— Yo hablo de mi propia mierda.

PIRULO.— Pues limpíate el culo y ponte a trabajar. ¡Estoy harto de llorones! ¿Por qué te crees tan importante si sólo eres un gusano insignificante? ¡Ay, mi yo herido, mi yo lastimado, pobrecito Ricardo... le engañaron y no lo puede soportar! Pues vete a tu casa de una vez, capullo, y déjanos en paz, ¡el castillo sigue creciendo en el aire!

MARTÍNEZ.— ¿Y eso qué quiere decir?

PIRULO.— ¿Ya se teha olvidado? Que no nos necesita ni a ti ni a mí, ¿no te das cuenta? Ahí sigue, por encima de nosotros.

MARTÍNEZ.— Sigue creciendo en el aire. Sí, es hermoso, sí...

PIRULO.— Y esperanzador. Como el verso de un himno. ¡En pie, famélica legión!

MARTÍNEZ.— Famélica legión también es bonito, sí. Famélica legión. Más bonito famélica que legión. Legión tiene unas connotaciones...

PIRULO.— El castillo sigue creciendo en el aire. Siempre he pensado que sería un buen final para una obra de teatro. Bergman lo puso al principio, pero también podría ir al final, ¿no crees? Ya sé que no se entiende, pero casi es mejor. Hoy día, ¿a quién le importa que las cosas tengan sentido?

MARTÍNEZ.— El castillo sigue creciendo en el aire. O sea, un final positivo, alegre. Lo que la gente está pidiendo a gritos.

PIRULO.— Un final de los que dan dinero. Me gusta. Me gusta.